

LA VIRTUD
EN LA INDIGENCIA.

DRAMA
EN QUATRO ACTOS
EN PROSA

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

D. J. E. G.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Paciente, viejo labrador, *Señor Antonio Pinto.*

Justo y Susana, texedores, *Señor Manuel Garcia Parra y Señora Rita Luna.*

Don Luis Dueñas, jóven rico, *Señor Antonio Ponce.*

Don Bonifacio, Escribano, *Señor Joaquin Cabrera.*

Don Leon, Procurador, *Sr. Francisco Baca.*

Roberto, Mayordomo de Don Luis, *Sr. Josef Oros.*

Panfilo, criado de Don Luis, *Señor Josef Garcia Ugalde.*

Jorge, Facundo y Josef, lacayos de D. Luis, *Señor Domingo de las Eras, Señor Josef Cortés y Señor Santiago Casanova.*

Alvarez y Pantoja; escribientes de Don Bonifacio, *Señor Antonio Ortigas y Señor Alexandro Aguirre.*

La scena se supone en Madrid.

El teatro representa un quarto baxo miserable con algunas sillas derrotadas, y muy pocos muebles usados. A la derecha un pedazo de tapiz viejo oculta una tarima, y á la izquierda habrá un telar. Enmedio, por entre una puerta casi abierta, que da á otra pieza reducida, se descubre una vidriera rota con algunos pegotes de papel, y debaxo de ella los pies de una cama. Este quarto hace parte de una casa, mitad arruinada, y mitad reedificada con magnificencia. Un jóven rico habita la parte nueva.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Justo y Susana.

Descúbrense los pies de Susana, que vestida se ha recostado en la cama del gabinetito. Un candil casi apagándose alumbra la scena, y Justo, que trabaja en su oficio, lo atiza de quando en quando. Este á cada instante se levanta, se acerca de puntillas al quarto en que reposa Susana, y queda satisfecho viendo que descansa. A este tiempo óyese á lo léjos la algazara y tumulto de un festin; teme que este ruido despierte á su hermana, y alza inquieto los ojos al cielo. Despues da algunas patadas en el suelo, aunque sin hacer ruido, y alentando quiere desentumecer sus dedos yertos de frio.

Justo. ¡Ya las quatro!... ¡gracias á Dios que duerme mi pobre Susana! Mi única felicidad es ser hermano tuyo; y cada vez que lo pienso, me siento infatigable... Bueno, bastante he adelantado su labor; y la mia ya está á punto de acabarse.

Vuélvense á oir muchas risotadas.

¡Qué ruido! Sus excesos de noche turban el reposo del pobre, y luego se quejan quando nuestros trabajos les hacen abrir los ojos en mitad del dia... ¡Ah padre mio! tú, que siempre fuiste bueno y virtuoso, eres quien padeces mas... ¡ay!... No obstante, mejor quiero ser hijo tuyo indigente y miserable, que deber mi vida á muchos hombres opulentos, cuya conducta me revuelve... Mi padre, sin embargo de ser pobre, siempre socorrió á sus semejantes; pero yo he visto ricos... Mas Dios nos vé, y mi conciencia está tranquila.

Levántase á beber agua de un cántaro, y vuelve á su trabajo.

Solo tengo dos brazos, los exercito dia y noche sin murmurar, y llevo con paciencia mi suerte; pero este trabajo es tan desdichado, que no se paga.

Con energía lastimera.

No, no se paga. La incertidumbre me abarranca, y aun quiera Dios que pueda venderlo por el corto precio que pagan el trabajo del artista. Es verdad que el mercader conocido me prometió comprarla; ¡pero qué cruel es! No sabe

lo que tiene, y sin embargo cercena mi estipendio... mas el frio se aumenta... parece que este cruel invierno se complace en juntar sus rigores á los males que nos oprimen... ¡ áspera estacion, Dios mio!... ¡la tierra está cubierta de árboles secos, y no tenemos siquiera unas cerojas con que calentarnos! ¡no podemos vivir sin comer, y el pan cuesta un sentido!... Por fin el rico ha encontrado el secreto de... mas creo se levanta mi hermana: su algazara sin duda la habrá despertado.

Salta de la cama, viene medio dormida á su telar, y dice pesarosa.

Sus. Eso no es razon, hermano... Me has dexado dormir siendo ya de dia.

Justo. No; no, hermana... al cabo has de venir á enfermar.., aun no ha dos horas que te acostaste, y ya quieres...

Sus. Mira quien habla... ¿No has estado tú trabajando toda la noche? ¿pues por qué no podria yo estarlo tambien?

Justo. No hagas caso de mí, Susana; tú eres muger, y debes dormir mas que yo: yo soy fuerte y robusto; pero tú...

Cógela las manos.

¡pobrecita, estas arrecida!

Se las calienta con su aliento.

Sus. Sí, acuérdate quando jugábamos encima de la nieve de nuestro lugar... allí no hacia ménos frio que aquí, y sin embargo no nos quejábamos.

Con melancolía.

Justo. ¡Qué tiempos me traes á la memoria!... ¡tiempos felices en que padre gozaba de moderada fortuna, y no estaba encarcelado! Sin preveer nuestra futura suerte nos burlábamos entónces del rigor de las estaciones; pero en el dia que lloramos su desgracia, y que estamos reclusos entre quatro paredes heladas... ello es cierto que vivímos juntos...

Con ternura.

Sus. Pues bien, no te quejes: á mí no me gustan los gemidos. ¿Y de qué sirve el llorar? La providencia, que así lo ha dispuesto, sabe bien lo que se hace. Ya verás como algun dia mejoramos de fortuna: entretanto trabajémos siempre con igual resignacion.

Siéntase al telar.

¡Ola! esto no me gusta. Hermano, te lo digo con seriedad: cada uno su tarea: ¿no tienes

bastante con la tuya? ¿ó piensas que yo nada puedo hacer?

Con sentimiento.

Esto no me gusta; ya te lo he dicho muchas veces.

Justo. Susana amada, no me regañes.

Sus. ¿Yo regañarte? no... Pero no has de volver otra vez, ¿es verdad?... cada uno su tarea.

Enternecido.

Justo. Bien, sí... Mira, voy á llevar al mercader lo que hemos trabajado esta noche. El sale muy de mañana, y mas vale esperarlo allí, que el que se vaya sin verle.

Sus. Pero es muy temprano todavía.

Justo. Mucho siento dexarte sola, porque luego piensas en cosas que te entristecen; pero es preciso.

Sus. Pues ve, y cuidado no tardes mucho: despues irémos á ver á padre, ¿sí?

Justo. Temo que el mercader no me quiera pagar ahora, siendo esta nuestra única esperanza. Y si nos falta, ¿qué comerémos hoy? ¿cómo llevarémos á nuestro infeliz padre los socorros que aguarda, y que solo recibe de nosotros? De lo que ganamos ayer ya nada nos queda.

Sus. ¿Aun no amanece Dios, y ya principias á perder la esperanza? Muchos dias hace que nos pensamos morir de hambre; y sin embargo ya ves como, aunque con trabajos, vamos pasando. ¿Te olvidas de que ayer mismo estabas desconsolado porque no podias vender tu trabajo? Pues mira como á boca de noche te detuvo un pasagero, y te compró tu mercancía. Cien veces habrás repetido que del cielo nos vino este socorro; ¿y el cielo, á quien imploramos, dexaria de cuidar de nosotros aunque todos nos abandonasen? No, Justo; enmedio de nuestra miseria hemos tenido momentos muy felices. ¡Padre mio!... ¡yo lloraba de gozo viéndote comer! ¿y él, hermano?... acuérdate cómo nos miraba, cómo nos bendecia! ¿todos tres entónces no estábamos bien contentos y satisfechos?

Justo. Sí, Susana; sí, lo estábamos: me acuerdo de tales momentos, y lo único que pido al cielo es que se perpetuen. En una obscura prision, y sentados sobre húmeda paja, todos tres lloramos de ternura; sí, solo los desdichados saben amar.

Sus. ¿Y quién nos quita que nos veamos así todos los dias?... Conserva las palabras de padre: mira

la paciencia con que sufre sus males: mira como nunca quiere que nos quejemos: mira como su alma siempre está tranquila y llena de esperanza. De mí sé decirte, que pienso del mismo modo que él, y que oigo con tanto gusto sus razones, que á no ser porque es preciso trabajar para comer, no me separaria un instante de su compañía. Por eso me siento con doble valor quando pienso en que participa de sus frutos.

Justo. Tú sin duda naciste para hacerle olvidar su infortunio. Por eso te ama con particularidad, y debe hacerlo... sí, yo no tengo tus virtudes.

Sus. Tú, Justo, no te conoces... tanto alarde hago de ser hermana tuya, como de ser su hija. Si me dieran á escoger, no pediria á Dios otro padre ni otro hermano.

Justo. ¡Quánta satisfaccion tengo en oirte!

Sus. Pues qué ¿desearias tú por todo el oro del mundo haber nacido de otra sangre?

Justo. ¿Yo? Antes quisiera morir, que formar tal deseo... ¡Ah Susana! ¡amada Susana!

Sus. ¿Qué tienes?

Justo. Temo contristarte.

Sus. Habla, no te detengas.

Justo. ¡Ay de mí!

Sus. ¿Por qué suspiras?

Justo. Algun dia tendrémos que separarnos.

Sus. ¡Separarnos! ¿y por qué?... Hermano, no te desconsueles... yo no te alcanzaré en dias.

Justo. Bien sé lo que me digo... no hablo de la muerte... Medita un momento, y adivinarás lo que te quiero decir.

Sus. Explícate, hermano; yo no te comprehendo.

Justo. Mejor, mejor; con eso no te volveré á hablar mas en el asunto... A Dios.

Sus. No, acaba; ¿y por qué nos hemos de separar?

Suspirando.

Justo. Hermana... Dentro de poco el matrimonio...

Sus. Te entiendo, sensible hermano; pero te engañas: no, no nos separarémos: aunque te cases, tu muger será mi hermana, y vivirémos juntos. Sí, yo la amaré, la amaré.

Justo. No lo digo por mí, Susana... Bien sabes que padre ha repetido muchas veces que en saliendo de la cárcel quiere darte marido, y que ya ha encontrado uno qual te conviene.

Sonriéndose.

Sus. ¿Y no ves que eso lo dice para consolar su tristeza, y engañar de este modo sus dolores y los

nuestros? Justo, ya conoces mi sencillez. Pues bien, te digo que jamas me determinaré á casarme. Yo no sé; pero ningun hombre me lleva la atencion. Nuestros iguales no me gustan, no porque sean pobres, sino porque sus costumbres no se conforman con las mias: los de superior clase, ménos. En una palabra, te confieso que solo tus qualidades pudieran hacerme feliz... Con un hermano como tú, ¿para qué quiero marido?... Pero tu situacion es muy diversa; tu corazon es sensible, y puede dar entrada al amor.

Con alegría.

Justo. ¿Pensará siempre mi Susana del mismo modo?

Sus. ¡O! sí, siempre. Yo solo puedo ser feliz en tu compañía.

Justo. Pues bien, hermana; dame tu mano... Venga lo que viniere, siempre vivirémos juntos. Estáte tú soltera, que yo me conservaré soltero; fuera de que esta es una obligacion que nos impone nuestro infortunio. Susana sin bienes de fortuna dificilmente hallaria con quien casarse. En el siglo en que vivímos no se aprecia mas que el dinero, las demas qualidades son nulas: las tuyas nadie las ve, y yo solo las conozco; sí,

yo solo... Por lo que á mí hace, perderia en darte cuñada, y ella perderia tambien; porque por buena que fuese, yo siempre habia de quererte mas.

Sus. Muchas veces he temido te prendases de alguna que quisiera sembrar la discordia entre nosotros. ¡Ay! si así sucediese, me moriria de pesar.

Justo. Yo tenia iguales temores, aunque tan infundados como los tuyos. Pero me voy que ya es hora: delante de nuestro buen padre continuarémos esta conversacion.

Sus. Cuidado no tardes.

Justo. A Dios.

Vase con una pieza de tela debaxo del capote, que estará bastante raido.

SCENA II.

Susana trabajando.

Sus. ¡Feliz yo! Desde mi mas tierna infancia él es mi protector, mi amigo, mi guia, y mi consolador. Nada os envidio, ricos de la tierra; vuestros hijos, siempre enemigos, prefieren su vil interes á la paz, la confianza, y amistad fra-

ternal. Nunca contentos, y siempre codiciosos... tengan en buen hora su oro, que yo tengo á mi Justo... Quando me dice, *querida mia, mi pobre Susana*, el acento de su voz me mueve, y me enternece; pero el dinero jamas habla. ¡Ah Justo! puesto que consientes en vivir conmigo, me considero rica; y si padre estuviera libre, nada tendria que desear. ¡Ay de mí! ¡por quán corto precio se le podria dar la libertad! pero éste no le tenemos, y son muy pocos los ricos que emplean su dinero en socorrer al hombre virtuoso y cautivo... ¡Amistad! ¡dulce amistad! dura tanto como nuestra vida... ¡Hermano amado! mi corazon será tuyo en todas ocasiones... ¡Oxalá fuera yo sola la que padeciera!... No sé en qué consiste; pero hoy trabajo con mas constancia, y me parece el frio ménos riguroso.

Oyense muchas voces como de gentes que se despiden con algazara, que cierran puertas, que recíprocamente se llaman en las escaleras, y finalmente todo lo que puede denotar el fin de una fiesta desarreglada.

Al cabo su festin finaliza con la noche... ¿Y son estos los que se llaman placeres? No, en sus

voces se conoce que todo es desarreglo y confusion... Sin embargo, yo suspiro quando considero que la mitad de lo que han gastado esta noche en comer ó en jugar bastaria para sacar á mi padre, con otros muchos desgraciados, de la prision en que gimen.

SCENA III.

Susana, Don Leon y Roberto.

Este último denota en su semblante y en lo desmadejado de su cuerpo haber pasado la noche en el festin.

D. Leon llama á la puerta de Susana.

Sus. ¿Quién está ahí?

Mas recio.

Leon. Abrir, abrir aquí.

Sus. Parece la voz del dueño de la casa... ¿Es vm. señor Don Leon?

Golpea con mas fuerza.

Leon. Sí, sí; abre presto.

Abre.

Sus. Buenos dias, señor Don Leon.

Sale á paso largo seguido de Roberto.

Leon. Pardiez, que me habeis hecho esperar bastante. ¿Se encierran así las gentes de tu clase?... ¿ó tienes miedo de que te roben?

Retírase Susana, y se pone á trabajar baxando la vista con timidez.

Rob. ¿Es este el quarto?

Leon. Sí: ¿qué te parece?

Con desprecio.

Rob. ¡Este!

Leon. En verdad, que fuera de lo que acabas de ver, esta es la única pieza que queda de la casa. Ciertamente que Don Luis se enhancha demasiado desde que entraste á servirlo, pues yo estoy reducido á lo que únicamente necesito.

Dándole palmaditas en el hombro.

Rob. Amigo, nada podemos hacer con este quarto, nada enteramente... Con tu antiguo estudio hago mayor mi sumillería; es un contraste gracioso, ¿no es esto? De un estudio de Procurador hacer una repostería... ¡O! esto acaso podrá traerme algunas ventajas... ¿Qué te parece?

Con risa falsa.

Leon. Me alegraré hagas tu fortuna como yo hice la mia.

Rob. Es decir, á costa agena.

Leon. Creo, Roberto, que no tienes razon para echarme en rostro ninguna cosa que me deshonre.

Rob. ¿A qué viene ahora esa vergüenza escrupulosa, si no está en moda? Seamos de nuestro siglo. Creo que no habrás empleado toda tu vida en borronar papel sellado sin interés: de otro modo, ¿cómo te has compuesto para adquirir tantos bienes?

Leon. ¡Tantos bienes! No tantos, amigo; no tantos á fé mia... fuera de que si hubiéramos de indagar de dónde le han venido á chicos y á grandes sus haberes, éste sería un exâmen que jamas acabaríamos... Lo mejor en esto es hacer y callar... Vamos: ¿este quarto no te sirve para nada?

Rob. No, yo quisiera quando ménos una pieza tal qual en donde poder tener las dos galgas blancas que regaláron á mi señor; pero esto está en muy mal estado para recibir dos perros de la mejor casta... Si Don Luis los viera aquí se escandalizaría... Yo no puedo estar de frio; ya se vé, si parece esto la venta del mal abrigo.

Quedito.

Leon. Escucha: en favor suyo lo repararémos alguna cosa. Ya te harás cargo de que no dexarémos subsistir aquella vidriera hecha pedazos: se enlosará con buenas baldosas vidriadas; taparémos los agujeros de las puertas, y todo tomará otro semblante muy diverso.

Rob. ¿Y por qué no lo has hecho ya?

Leon. ¿Cómo querias que gastase un real siquiera? Este quarto siempre lo he tenido alquilado por vil precio á gentuza, que todos los plazos es menester executar, ó lanzarlos fuera.

Rob. ¿No me dixiste que ahora vivia en él un texedor?

Leon. No me acuerdo bien; pero es un menestral de este jaez... Voy á hacerle que desocupe el puesto quanto ántes, porque en el caso que no puedas alojar aquí tus galgas, te cederé el aposento de mis escribientes, y á ellos los haré subir mas arriba.

Rob. ¡Cómo mas arriba! ¿te burlas, ó quieres ponerlos en el texado?

Leon. Bueno, bueno: serán dignos de compasion. Mayores incomodidades pasé yo... pero no, mudo de parecer; los haré baxar aquí.

Mira á Susana.

Rob. ¡Ola! no parece mala esta chica.

Leon. Y pobre en extremo... es la misma miseria en persona.

Rob. Su habitacion bien lo demuestra; pero nadie lo dirá al ver el aseo y limpieza de su vestido... Esta infeliz me venía á las mil maravillas... ¿Quién corre con ella?

Leon. El texedor dice que es hermana suya... Acaso sea falso; pero esto poco importa si me pagáran...

Rob. Miéntras mas la contemplo, mas hermosa me parece.

Leon. Vaya, que eres un pobrete... Hoy dia encontrarás como ésta, tantas quantas quieras... No hay otra cosa mas de sobra.

Haciendo de hombre de importancia.

Rob. Es muy cierto... y en verdad que estoy cansado de protegerlas. ¡Mira la Mariquilla como ha chasqueado á nuestro amo! Bribona; despues que la sacamos de la miseria... A vista de esto, ¿quién se ha de empeñar por ninguna?

Leon. A mí con ellas: nunca me han engañado, en mi vida. Siempre he sido bastante duro de co-

razon para no hacer ingratos.

Riéndose.

Rob. ¡Buena receta por cierto!... sin embargo, no me puedo contener: voy á llegarme á ella, y á hablarla.

Acércase á Susana.

Niña hermosa, dinos algo; alza esa cabeza de ángel: dexa un poco la labor... ¿tanta priesa te dan por ella?

Con modestia.

Sus. Sí señor: para vivir en nuestra profesion es preciso no perder un momento siquiera.

Rob. Pero alma mia, estará vm. yerta... ¿Cómo sin fuego?

Leon. ¡Toma! esa es la primera condicion que les impuse. No permito yo lumbre á gentes de esta clase: con su rescoldo pudieran abrasarme la casa.

Rob. ¿Y no se mueren de frio?

Leon. Bueno, bueno; la costumbre...

Rob. Pues á fé mia que no hago mas que entrar, y estoy helado. Chica, vente con nosotros á calentar á la repostería. Trabarémos amistad, y andando el tiempo quién sabe todavía si haré yo tu fortuna, como la he hecho á otras infinitas...

Con énfasis.

Leon. Está segura, que si tienes la dicha de que este caballero ponga en tí su atencion, nada tendrás que desear, y que...

Rob. No, yo á nada me obligo por ahora; verémos, verémos: ella en verdad es hermosa, completamente bonita; pero parece que tiene mucho de muda. ¿Está siempre con la cabeza baxa? ¿Es ciertamente lo que demuestra?

Leon. Todo lo que sé en el particular es, que es lugareña, y léjos de aquí.

Rob. ¿Lugareña? tanto mejor; ¿pero á dónde se recogerá si la echas de aquí? Hazla charlar quanto ántes, si no me yelo:

Mas alto.

que venga á nuestra sala, en ella hay buena lumbre, y hablarémos con mas comodidad.

Leon. ¿Oyes que este caballero tiene la bondad de permitirte vengas á calentarte á la repostería?

Sus. Señor, yo nunca salgo de casa, como no sea en compañía de mi hermano... Yo se lo agradezco.

Leon. ¡Qué tonta! sin duda quiere hacerse de rogar.

Quedito á Roberto.

Déxala, déxala; eres un pobre hombre: creeme; á mucha honra tendrá ella venir por sí sola; fiate de mi experiencia.

Alto á Susana.

Dí á tu hermano que hoy mismo me ha de pagar, y que busque otro alvergue, sino quiere que mi alguacil le quite los pocos muebles que le quedan...

Dexa la labor, y corre á él suplicándole.

Sus. Señor, señor: por Dios; espérenos vm. unos dias: nada perderéis en ello.

Leon. Estoy sordo, estoy sordo: no oigo... Si yo pudiera pagar con palabras, los censos, la limpieza, el alumbrado, las composturas, los utensilios, el alojamiento de los soldados, &c. En buen hora; pero todos los secretos de mi arte no me enseñan á eludir estos malditos pagamentos.

Hace ademán de marcharse.

Sus. Señor, una palabra, una sola palabra: por Dios os pido que me escucheis.

Rob. ¡Ah! si no es mas que una palabra, esperémos.

A Don Leon.

Sus. Pero quisiera hablaros á solas.

Leon. ¡A solas! ¿y qué me quieres decir?

Rob. Oyela, Leon. En la repostería te espero... voy á calentarme.

SCENA IV.

Don Leon y Susana.

Leon. Si vienes otra vez con tus lamentaciones, te dexo en el momento: vamos presto, abreviémos, no estoy para resfriarme en este páramo... Pronto; dí lo que quieres, acaba; habla pues, habla.

Sus. ¡Ah señor! vm. me anuda las palabras... Dios mio... No sé de qué modo hablaros.

Con aspereza.

Leon. ¡Y bien! ¿acabamos?

Sus. ¡No teneis piedad! ¡en lo mas crudo del invierno! sabeis quál es nuestro estado, y la deplorable situacion en que se halla nuestro padre...

Yéndose.

Leon. ¿Y era eso lo único que querias?... A Dios, á Dios.

Deteniéndole por el vestido, y echándose á sus pies.

Sus. Deteneos, señor: no, no os marcharéis, me escucharéis, y veréis mis lágrimas... Por lo que mas amais, dexadnos aquí hasta que pasen tan crueles frios; de otro modo pereceremos: ó si absolutamente necesitais este aposento, buscadnos otro asilo: yo os miraré como nuestro salvador, y os bendeciré toda mi vida... Abrid señor vuestro corazon á la piedad; socorrednos... ¡Ay! compadeceos de nosotros.

Esto deberá expresarlo la actriz con la mayor vehemencia y dolor, y con toda aquella fuerza que emplean los corazones quando piden una gracia.

Inquieto, casi enternecido, ó mas bien suspenso por el acento de Susana.

Leon. Silencio, silencio: no alces tanto la voz... levántate, levántate; verémos, sí, yo.

Aparte.

Me enternece: vámonos, vámonos presto.

Lánzase hácia la puerta, y se va con ligereza.

SCENA V.

Susana sola.

Sus. Dios mio, ¡se habrá compadecido!... ¡Qué será de nosotros!... si nos vende los telares, única cosa con que ganamos el pan, ¡pedirémos limosna! No, jamas, primero la muerte... Nadie nos vería por no consolarnos, y alguno que nos socorriera, sería á costa de nuestro honor... ¡qué horror tengo á estos dependientes de la opulencia! tan libertinos parecen como sus amos: no, mejor quiero arrecirme de frio, que llegarme á uno de sus hogares... Pobre Justo, tu desesperacion es la que siento, tanto mas cruel, quanto que querrás sufocarla dentro de tu pecho.

Pónese á trabajar.

¡Triste de mi! No hay recurso, no lo hay... Todos los corazones parecen de bronce. ¡Ah mundo cómo estás! Ya viene: nada le diré por ahora: es menester sacarle esta triste conversacion con el mayor disimulo posible.

Enxuga sus lágrimas, y toma risueño ademán.

SCENA VI.

Susana y Justo.

Abrazándola.

Justo. A Dios, hermana: habrás tenido mucho frio, porque el norte que reyna se ha acrecentado.

Sus. No tanto como tú te imaginas.

Con interés.

Justo. Pero... hermana..., tú has llorado: sí, hija mia, has llorado, y me ocultas tu quebranto.

Con semblante sereno.

Sus. No, Justo.

Justo. Sí, por mas que disimules, en tu misma risa descubro tu dolor.

Sus. No, hermano, te engañas... Dime, ¿lo encontraste?....

Justo. Sí; pero no me dió mas que algunos reales á cuenta, y no podémos aun pagar la casa...

Hace una pausa, y Susana no le responde.

Con lo poco que me dió compré esta capa para padre.

Saca una capa, y la pone en la falda de su hermana.

Mírala... no está mala todavía...

Con nobleza.

Pero toma las tixeras, y descose esa franja, que sentará muy mal en el cuerpo de un padre respetable, que fué labrador, y que ha regado la tierra con sus sudores. ¡Ah! ¡quán digno es hoy de la mayor compasion!

Descose la franja.

Sus. Es verdad; pero olvida tan tristes reflexîones.

Justo. ¡Hermana amada! vernos reducidos á dormir en desnudas tablas, y á vivir entre quatro paredes llenos de miseria, no es lo que me desconsuela; pero que algunos ricos nos miren con altivez, y nos desprecien con insolencia, es cosa que no puede sufrir mi sensible corazon.

Sus. Olvidémonos de que exîsten semejantes hombres... Dentro de poco, padre, tú, y yo nos verémos reunidos á pesar suyo, y de nuestra pobreza. Mira al momento presente, acuérdate de que tienes con que aliviar las penas de un padre adorado, y piensa en que se llenará de alegría luego que nos vea.

Justo. Es verdad, hice mal: bendito sea Dios...

Vamos, toma la cazuela en que come con mas comodidad; no olvides la botellita, que en el camino la llenarémos: sé de una taberna en la que no malean el vino.

Sus. ¡Quánto me alegro! porque muchas veces he temido envenenar á padre, queriendo reparar sus fuerzas... ¿y el carcelero?

Suspirando.

Justo. Sacrificarémos algo para hacerle ménos inexôrable.

Sus. Parece que mis ruegos han minorado un poco su aspereza.

Justo. Sí, Susana; tus miradas han hecho un hombre de una fiera... Vamos, hermana, vamos.

Dala la mano despues de haber tomado una cestita con algunos vasos de barro.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico gabinete de vestir, que hace parte de otro aposento ricamente adornado á la moderna. Sale D. Luis en bata forrada de pieles, como si acabára de levantarse, y se dexa caer con negligencia en la primera silla que encuentra. Síguenle dos criados, y le presentan sucesivamente un espejo, aguas de olor, pomadas, &c. Roberto en pie á su lado, dice á los lacayos por señas todo quanto han de hacer.

SCENA PRIMERA.

Don Luis, Roberto, un ayuda de cámara y lacayos.

Bosteza, y saca un relox.

Luis. ¡Cómo, pues! no son mas que las doce... ¡qué largo se me hace el dia! terrible dolor de cabeza tengo...

A Jorge.

El the... ¿qué me haré hasta la ópera?

Al ayuda de cámara.

Vaya hombre, que me peynas como si fuera Consejero ó Agente de negocios. Despacio, despacio: sin lentitud, en ningun arte hay perfeccion.

A Facundo.

Tú dexas morir de hambre al pobre mustafá, mira que es amigo tuyo, te quiere, y así es preciso le hagas su provision ordinaria de dulces.

A Josef.

Vé en casa de mi sillero, y dile que quanto ántes acabe la silla inglesa, las mantillas turcas, y las fundas á lo mameluco.

A Roberto.

¿Y mi tronquista que cochea á la italiana, no acaba de ponerse bueno?

Rob. Siempre está con una terrible calentura.

Da á Jorge la taza del the.

Luis. Toma, y despues llévale á la Condesa el ramo de flores, y la sortija de pelo que hice: en ella conocerá á su discípulo.

Vanse los lacayos.

A Roberto, limpiándose los dientes, y mirándose al espejo.

¿Con que dices que la niña de quien tuve el

alto honor de hablarte, es mi muy amada vecina?

Rob. Nada es mas cierto, señor: aunque encontraba muchas veces esta carilla, nunca la miré con atencion; pero hoy la he visto en su quarto con todas las circunstancias que os acabo de contar.

Luis. ¡Singular encuentro! Ya hace dias que la miro, sin que ella lo note: es fresca y hermosa, solo le falta un poco de mas color... Dices que es pobre, y que está en la mayor miseria.

Rob. ¡O señor! en necesidad famélica...

Luis. Pronta á darse por un pedazo de pan, ¿no es esto?

Rob. Poco á poco, señor... Yo he notado en ella dignidad y entereza: hace poco que está en Madrid, y aun conserva su virtud aldeana: su semblante solo causa mas respeto que la artificiosa compostura de nuestras mugeres mas modestas.

Luis. Bueno: mucho me gusta esa virtud, porque ya estoy cansado de tratar con coquetas. Tú sabes lo que me cuestan, pues sin embargo, me han disgustado, engañado y fastidiado, que es lo peor: juramento tenia hecho de no mantener á ninguna; pero ésta en verdad que quiero

crearla de nuevo, y echarla al mundo: ¿quién sabe si acaso encontraré en ella un alma nueva y agradecida? Yo no sé porqué me gusta; pero su figura, su talle, su andar magestuoso, y la tez hermosa de su rostro no pueden ménos de darme mucho honor: por lo ménos yo así lo pienso... díme tú, ¿podrá deshonrarme?... sería chasco...

Rob. Si V. S. me permite yo se lo diga, hallo alguna semejanza entre los dos.

Sonriéndose satisfecho.

Luis. ¿Me adulas á mí, ó á ella?

En tono adulador.

Rob. Señor, todo el mundo sabe que teneis una persona...

Presumiéndolo.

Luis. No es mala, no es mala; ¿pero crees tú que del primer embite pueda hacerla perder el seso? ¿puedo prometerme tomar por asalto su tierno corazon? A mí me gustan las victorias repentinas: ¿qué te parece? ¿acabaré pronto la conquista de esa orgullosa y severa?... ¿cómo se llama?

Rob. Susana.

Luis. Es preciso darla otro nombre mas fino...

Ríese.

Es muy extraño que siempre esté vinculada la belleza en mugeres de esta clase, al paso que huye de las de qualidad... Todo lo demas me parece bien hecho... sí, bien hecho.

Rob. Si yo hubiera adivinado ántes el nuevo capricho de mi señor, ya estarian las cosas muy adelantadas.

Luis. Ayer fué quando la ví con cuidado: sin embargo de estar algo descolorida, se vé bien que las gracias formáron su rostro para ser adornado por las rosas del deleyte.

Rob. Me felicito de la ocasion que me llevó á su casa. ¡Qué á propósito vino! Quien me inquieta es su hermano.

Luis. ¿Pues qué es ciertamente hermano suyo?

Rob. No podemos dudarlo.

Luis. Y bien, ¿qué hará ese hermano?

Rob. Temo, señor, no sea uno de estos pobres que se mueren heroicamente de hambre por conservar su honor.

Luis. ¡Honor en la indigencia!...

Ríese burlescamente.

No es la primera vez que he visto el efecto de una bolsa llena de doblones: abrevia mucho

tiempo, y vence las mayores dificultades, y la moral mas austéra se calla á la voz del oro: es el mejor opio para adormecer voluptuosamente la virtud mas acendrada. Yo siempre principio dando una buena dosis, y de este modo consigo trastornar la cabeza, y entorpecer el corazon. Nadie sabe lo que puede este cebo primero, y he notado que despues hace mas la esperanza que la misma liberalidad... ¿Diste órden á los criados para que le digan que lo quiero ver?

Rob. Señor, en cumplimiento de vuestras órdenes se acecha el momento en que vuelvan los dos á casa.

Con befa.

Luis. Impaciente estoy por conocer á mi futuro cuñado.

Rob. Bien mirada la cosa, es una grande ventaja para él.

Luis. ¿Qué bueno fuera que quisieran conservar sus tristes preocupaciones en la miseria. Pero no será así: hay demasiados exemplos en contrario; sí, demasiados.. ¿Qué tengo para cenar?

Rob. Aquí está la lista.

Preséntale un pliego de papel, y lee.

Luis. Diez cubiertos servidos cinco veces de siete

platos cada una... bueno... esto me gusta... Un gallo vírgen... excelente... Una torta del templo de Venus... admirable... No habrá vino; pero beberémos agua y licores finos... Mira que mañana vamos de caza.

Rob. Señor todo está listo, allí tiene V. S. el zurron y la escopeta de dos cañones...

Sale Pánfilo.

Panf. Señor, ahí está el hombre que me mandasteis llamar.

Rob. Aquí viene, este es.

SCENA II.

Don Luis, Justo y Roberto.

Don Luis recostado en su taburete, vuelve la cabeza con ademan entre altanero y risueño hácia el lado por donde sale Justo: de quando en quando se mete en la boca algunas pastillas, que saca de una caxita, que le sirve de juguete en las manos.

Luis. Que se acerque.

A Roberto.

Justo. Me han dicho que este caballero...

Rob. No os detengais; hablad á mi señor.

Saluda.

Justo. Señor...

Luis. Sí, amigo, te mandé llamar; me han dado noticias de tí: ¿no es cierto que eres muy pobre?

Con noble sencillez.

Just. Señor, yo me llamo Justo: soy un pobre artesano, y no amigo vuestro: si lo fuera, nos podríamos tutear; así os suplico no querais avergonzarme. Soy pobre, es verdad; pero de esto no tengo yo la culpa...

Luis. ¡Cómo pues!... pero hombre me hablas en un tono...

Justo. Señor, hábleme V. S. en otro, ó me retiro. No sois el primero á quien no he podido sufrir; y aunque en ello fuese mi fortuna, siempre tendria el mismo valor. La mayor parte de todos vosotros se abroga el injusto derecho de insultarnos, solamente porque somos desdichados. ¿No nos basta el ser indigentes, sino que tambien nos hemos de ver envilecidos?...

Dirígese á la puerta como para irse.

Absorto.

Rob. Esto es nuevo.

Levantándose.

Luis. Es singular. Que no se vaya...

A Justo.

Oiga vm. señor Justo, os enfadais muy pronto. Todavía no sabeis lo que os quiero: esperad un momento, y no tendréis de qué quejaros; no, no os pesará.

Justo. Mucho siento haberos hablado de este modo; pero es cosa que no puedo remediar... Sé muy bien que tengo necesidad de los demas.

Luis. Pues bien, mi intento es que mejoreis de fortuna: yo puedo, sin que me haga faltá, procuraros una suerte mas feliz, y hacer de modo que vivais con mas comodidad. Lo que os digo es de todo corazon. En señal tomad ese bolsillo; esto no se desprecia así como quiera: en él van cincuenta doblones.

Le presenta el bolsillo.

Justo. ¡Señor V.S. me sorprehende! ¡cincuenta doblones! ¡á mí! ¿Y qué servicio os he hecho? ¿qué exîgís de mí? ¿qué precio poneis á este dinero?

Luis. Yo poseo algunos bienes, y vos mismo habeis dicho que sois pobre, por eso os doy este bolsillo; sí, os le doy.

Con entereza.

Justo. Nada he hecho para poder aceptar vuestra dádiva : permitidme , señor, que os lo diga; temo este presente... vuestros iguales no prodigan el oro sin interés.

Luis. Yo no me parezco á los de mi clase : y mis ofertas son hijas de la generosidad. ¿Por qué desconfiais de ésta , y os negais á aceptarla? ¿me creeis incapaz de hacer bien? Ultimamente, puesto que no os resolveis , os diré que esta es una promesa que hice , y que cumplo en vuestro favor.

Justo. Señor, V.S. sin duda quiere burlarse de mí...

Le pone el bolsillo en la mano.

Luis. No : en prueba llevárosle , vuestro es.

Justo. ¡Es mio!

Con entusiasmo.

¡Hombre generoso! á vuestros pies me teneis... sí, lo llevaré... sería inhumano si no lo tomára.

Levanta el bolsillo.

Dentro va, sí; dentro va la libertad de un padre , y la felicidad de nosotros tres ; pero temo engañarme. No sé si debo... ¿Me le dais? decidme , ¿me le dais?

Sonriéndose.

Luis. Sí, sí; os le doy... yo, yo os le doy.

Apretándole fuertemente, y como delirando.

Justo. Pues bien, el universo entero no me le quitará... Oro sagrado, yo te estrecho en mi seno, porque vas á servir á la naturaleza, y á mi ternura. Veo, por la primera vez de mi vida, que te se puede amar é idolatrar.

A Don Luis.

Volveré, señor, volveré; y veréis el uso que hago de él... os veréis precisado á llorar con nosotros de alegría, y esta será vuestra recompensa. El cielo os colme de bienes verdaderos. ¡Padre mio! ¡ah! corramos: temo morirme ántes de llegar allá.

SCENA III.

Don Luis y Roberto.

Rob. Creo que perderá el juicio.

Luis. Ya ves el indefectible efecto de mi receta: no, no tendrá necesidad de mas fuerte dosis.

Rob. Pero es locura haberle dado una suma tan grande.

Luis. ¡Ola, señor mayordomo! ¿Me regañais acaso porque os he pedido prestado ese dinero? No,

no; eso no me gusta... No te vuelvas á meter en lo que no te importa, porque no te escucharé...

Aparte.

Rob. ¡Bueno! así es como quiero yo que me respondan los amos.

Luis. Los cien mil ducados de mi hermana, que estan en poder de Don Bonifacio, y á que no me quiere dexar tocar, volverán á equilibrar mi gasto. Yo he de disfrutar de la vida, y por nada me incomodo quando tengo la bolsa abierta.

Bosteza.

Si me apuran, me arruinaré... el placer en alguna parte está; y empeñándome en buscarlo, sin duda lo he de encuentrar.

Bosteza otra vez.

Si viniere la muchacha, ya te lo he dicho, es menester insinuarle que aquí está su hermano: sin esta precaucion acaso...

Rob. En verdad, señor, que V. S. hace poco favor á mi penetracion, repitiéndome cosas que sé de memoria. Hágame V. S. el favor de pensar...

Luis. Va, va; parece que en efecto estoy enamorado segun los deseos que tengo de verla.

Sale Facundo.

Fac. Señor, Don Leon...

Luis. Que pase adelante.

A Roberto.

Cuidado que me avises luego que llegue...

Con enfado.

Rob. ¿Es este acaso mi primer ensayo?... Señor, yo sé, concibo, y entiendo...

SCENA IV.

Don Luis y Leon.

Luis. Agur Don Leon: tome vm. asiento.

Leon. A buena hora llego; estais solo, y hablarémos de cosas...

Luis. ¡De cosas! ¡O! dexaos de eso por ahora.

Leon. Es preciso. Ya he venido diez veces, y es menester que hablemos.

Luis. Como no seais muy largo enhorabuena, porque espero una personita...

Leon. Quando venga, yo me retiraré.

Luis. Siendo así convengo en ello. Sin embargo despachaos. Vamos, ¿de qué se trata?

Leon. De esa fatal hermana que vuestro difunto padre se acordó declarar en su testamento.

Luis. ¿Qué, se ha sabido algo de ella?

Leon. V. S. me mandó que secretamente hiciese averiguaciones, á efecto de precaver la tempestad que tememos; pero ningunas luces he adquirido, y nadie me da razon de su paradero. Lo que únicamente me han escrito es que ese tio vuestro que la ha criado, oprimido de desgracias se ausentó del lugar en compañía de su sobrina y de su hijo luego que murió su muger, y que andan errantes yo no sé dónde.

Luis. Tanto mejor.

Leon. Tanto peor digo yo: porque si supiéramos positivamente su paradero, tomaríamos todas las medidas necesarias para atarles las manos.

Luis. ¿Y para qué inquietarnos tanto, quando acaso haya un siglo que estan en el otro mundo? Quando mi padre dexó su miserable pais para buscar la fortuna que encontró, aun no tenia yo seis años. Apenas me acuerdo de esta hermana que se quedó encomendada á su tio, buen campesino por cierto, para que la criase. ¡Un sueño me parece todo lo pasado!... ¡Ha visto uno tantas cosas despues! Pero yo no sé por qué escrúpulo de conciencia se acordó mi padre de esta hija en el preciso momento que mis intereses exîgian se olvidase de ella enteramente. Es un chas-

co cruel el que me ha pegado; porque ó debió haberla traido consigo, criarla como á mí, y darle una brillante educacion, ó no acordarse jamas de ella: en el estado en que me hallo, nunca me determinaré á reconocer por hermana mia á una lugareña.

Leon. Ya se vé, no sería decente: y si miramos al cuidado que puso vuestro padre en no descubrirse á su hermano, es claro que de vivo previó el daño que le podia resultar de semejante parentesco. ¿Por qué quando se fué al otro mundo, quiso forzaros á que aguanteis lo que él no pudo tolerar en este? Parece que los moribundos olvidan siempre en su partida todos los usos recibidos.

Luis. No, por vida mia; jamas consentiré en perder la mitad de unos bienes que apénas me alcanzan por entero. Ya no se puede vivir con quarenta mil ducados de renta: esto era bueno para mi padre veinte años hace; ¡mas para mí! necesito doble precisamente.

Leon. No hay duda: un hombre como V. S. debe brillar: de otro modo ¿cómo se ha de llevar la atencion? Aquí para los dos: el nacimiento ni las acciones ilustres no son las que á V. S. le distinguen.

Luis. Pero... sin embargo, señor Don Leon...

Leon. Perdonadme... acaso os hablo con demasiada franqueza; mas ya sabeis la intimidad que tuve con vuestro padre. Nosotros nos conocimos uno y otro poco ménos que miserables. Vuestro padre entónces estaba muy ageno de pensar en libreas y caballos; y las seis casas que yo tengo en Madrid aun eran de los dueños que las permutáron conmigo por papel sellado.

Sonriéndose.

Luis. Nadie podrá decir que sois tonto, D. Leon.

Leon. Todavía me acuerdo con gusto de aquel tiempo, sin embargo de mi extrema pobreza; pero yo nunca fuí tan feliz como vuestro padre. Nada teníamos reservado el uno para el otro. Quando á él le creáron oficial quinto de la Aduana, obtuve yo la plaza de segundo amanuense en mi primer estudio. Por último, hecho, gracias á Dios, Procurador, despues de diez años de contínua asistencia, nos servimos recíprocate, y yo me puedo gloriar de haberle ganado algunos pleytos, que sin vanidad ninguna eran de los mas dificultosos: por eso me distinguió siempre mucho, y aun puedo decir que me amó.

Luis. Bastantes pruebas os dió de ello nombrán-

doos executor del testamento, que me hace temer una partija.

Leon. Don Bonifacio, que es un moralista eterno, le intimidaria sin duda; pero un momento de debilidad es perdonable en semejante paso. Yo mismo no sé cómo me compondré en mi última hora: lo cierto es que un minuto despues ya no exîstimos.

Medita un momento.

Pero no tengais miedo, que yo os sacaré esa espina del pie. Son tantos los recursos de mi arte; este es tan basto, tan profundo y complicado, que si llega á presentarse, yo la meteré en un laberinto de que no podrá salir... Solo Don Bonifacio nos detiene, y ciertamente nos ha de costar mucho el ganarlo.

Luis. Irémos á verlo otra vez.

Leon. Bien pensado... por mí, pronto; ya lo sabeis.

Luis. Mas parece que no sois santo de su devocion.

Leon. Nosotros tan presto estamos bien como mal.

Sale Roberto.

Luis. Ahí está, Don Leon... ya os lo dixe.

Se levanta y se despide.

Leon. Yo me retiro.

SCENA V.

Don Luis, Susana y Roberto.

Luis. ¿Es ella?

Quedito.

Rob. Sí señor.

Luis. Bien, bien...

Desde la puerta.

Rob. Entre vm. señorita: ya os he dicho que aquí está vuestro hermano hablando con mi señor.

Apenas entra Susana en el aposento vase Roberto, y cierra tras sí la puerta con precipitacion.

Dirigiéndose á Susana.

Luis. Ven, niña hermosa, ven... ¿De qué tienes miedo?

Quiere abrir la puerta.

Sus. Perdonadme... Me dixéron que aquí estaba mi hermano... no está... me han engañado...

Luis. Sosegaos: vuestro hermano... quanto acaba de salir... vuelve pronto, y le podeis esperar un momento.

Esforzándose para abrir.

Sus. Señor, yo le esperaré en el zaguan... pero esta puerta... esta puerta... se ha cerrado.

Sonriéndose.

Luis. ¡O! nuestras puertas no se abren tan fácilmente: tienen un resorte invisible... ¿Pero teneis miedo de estar conmigo un instante? Tengo muchas cosas que deciros.

En tono grave y enérgico, aunque con alguna timidez.

Sus. No señor, nada temo; decid pues lo que gusteis.

Quiere cogerle las manos, y ella se retira.

Luis. Muchas, muchas cosas buenas... Pero sentémonos... ¿Qué te se ha perdido en la puerta!... Dices que no tienes miedo... ¡ah fanfarrona! ¿por qué te tiemblan las manos?... vamos, siéntate... hablarémos... *Preséntala una silla.*

Sus. Señor, nosotros siempre acostumbramos hablar en pie.

Luis. ¡Ah porfiada!... mas vamos como tú quieras... Mira bien este aposento, sus muebles y colgaduras: díme, ¿no quisieras tú vivir en otro semejante, tener ricos vestidos, sortijas, joyas excelentes, y mirarte en estos grandes espejos?

¿todo esto no es muy delicioso, muy apetecible, y todo lo demas que se sigue?... Criados, buena mesa, un coche, una silla... ¡O! ¡una silla volante es una delicia! ¿no es cierto?

Sus. No sé á dónde vais á parar, ni lo que me queréis decir.

Luis. En efecto; no es fácil imaginarlo: pero escucha, y lo sabrás... Si quisieran de improviso acomodarte... por exemplo, hacerte muger de un hombre muy rico, así como yo: ¿qué darías por dicha semejante?

Sus. Nada, señor.

Luis. ¡Nada!... ¡Pobrecita! es sencilla: cree que nada puede dar.

Sus. Señor, lo digo de todo corazon: no os envidio esa opulencia en que os olvidais de todo, en que os olvidais de vos mismo No podria vivir en tan grande abundancia sin mirar que todo lo superfluo hace extrema falta á millares de infelices... Hablo de este modo, porque sé lo que es la indigencia.

En tono recalcado.

Luis. Ya no la conocerás ni tú, ni tu hermano. Quiero hacerlo feliz, y ahora mismo acabo de

darle cincuenta doblones. ¡Qué contento se fué! ¡cómo me quiere!

Pasmada.

Sus. ¡A mi hermano! ¡Habeis dado dinero! ¡Ah señor! Dexadme correr á él... dexadme... que os lo vuelva.

Luis. ¿Pues cómo?

Sus. Generosidad tan extraordinaria solo puede tener en vos motivos que me horrorizan.

Luis. Esas son palabras hinchadas: pero yo lo que exîjo es un poco de agradecimiento... Me volveréis á decir que no podeis nada, que no me entendeis.

Sus. ¡Oxalá no os hubiera entendido tanto!... Señor, no puedo permanecer aquí mas tiempo. Mandadme abrir, mandadme abrir; por Dios os lo suplico.

Luis. Perdería mucho: y semejante complacencia sería en mi perjuicio. ¿Por qué queréis que me aborezca? Yo me quiero bien, y este es mi delito, si se le puede dar el nombre de tal. Imitadme, pues, y nada os hará falta; mejor estaréis conmigo, que si fuerais muger de un Duque ó Príncipe.

Con energía y dignidad.

Sus. ¿Y para hacerme tales proposiciones, me hicisteis entrar, con el artificioso pretexto de que me llamaba mi hermano? ¿Así nos ultrajais porque somos pobres, y no tenemos proteccion? ¿No os avergonzais de tendernos semejantes redes, y de aumentar el conocimiento de nuestro infortunio, con el desprecio que haceis de nosotros? ¿Nos juzgais incapaces de tener algunas virtudes? ¿Y creeis fácil cosa deshonrarnos solo porque vuestra vanidad os promete un seguro triunfo? Acaso lo fundais en nuestras excesivas necesidades... ¡Feliz yo que recibí una honrada educacion! pues á no ser por ella, acaso pudieran seducirme los falsos bienes que me proponeis. Perdería el tesoro mas precioso: la propia estimacion, que solo la aprecia quien sabe respetarse, y la tranquilidad hija de la inocencia: perdería estos bienes inestimables; me tendrían por infeliz; lo sería en efecto; y el oprobio no me dexaría mirar en torno mio sin rubor en la frente.

Luis. Habla como Pamela... pero su lenguage no es de aldea... Decidme, pues: ¿á dónde habeis vivido?... ¿Habeis corrido muchas tierras?

Sus. Desde que nos ausentamos de nuestro lugar, por el que todavía suspiro, nos hemos visto precisados á vivir en muchas ciudades populosas; pero siempre con gentes honradas, que nos han enseñado á hablar bien, y á pensar mejor. A mi hermano y á mí nos gusta mucho leer juntos en los cortos momentos de nuestro ocio; placer muy sabroso que nada nos cuesta, y que muchas veces alivia nuestros pesares. Entre los libros que nos han prestado, me acuerdo muy bien de la historia de Pamela; y si V. S. la leyó, deberá haberle enternecido.

Aparte.

Luis. Bien decia yo que habia leído... ¿Con qué los libros son los que os han formado?

Sus. Y la desgracia que instruye todavía mucho mas.

Luis. ¿Pero creeis todos esos cuentos y narraciones chîméricas?... El exemplo de Pamela es algo fuerte... Pero ya que sois amiga de leer, yo os prestaré libros tan buenos como ese. Tengo una Biblioteca con estampas, que jamas habréis visto. Yo apuesto á que os gusta mucho esta lectura.

Sus. No leo yo mas libros que los que mi hermano

aprueba; y yà nos han querido prestar algunos que él ha devuelto en el instante mismo sin querer leer las primeras páginas.

Luis. ¿Con qué tan escrupuloso es ese hermano vuestro?... ¿Lee él?

Sus. Uno y otro nos hemos criado en las mismas ocupaciones y virtudes.

Luis. Es decir, que habeis recibido las mismas preocupaciones... Bueno es moralizar; pero es quando no se encuentra otra cosa mejor que hacer. Todos los que escriben libros, son los primeros que se rien de lo que han escrito. Las muchachas en tanto que son jóvenes y hermosas deben subir al trono de los placeres, pues en él son adoradas y servidas como reynas. Bastà abrir los ojos para descubrir este camino llano y delicioso. Todas esas bellezas cubiertas de brillantes que encontramos en los paseos y fiestas públicas, y que parecen otras tantas deidades, se moririan dè hambre sino hubieran sacudido el yugo que las càutivaba en su miseria... El deleyte nunca engaña; no, jamas.

Con entusiasmo, y queriendo abrazarla.

Tan hermosa como Psiche, tan tímida y cruel como ella, te parece un monstruo el amor:

Enagenado.

anda; míralo solamente, y presto perderás el sentido.

Retrocede con agitacion.

Sus. Señor, mandad que me abran al instante... al instante mismo, ó tentaré todo...

Luis. Sosegaos, sosegaos: vuestro hermano...

Sus. No espero mas á mi hermano... ¡Ah! si supiera él...

Luis. ¡Cómo si él lo supiera!... no temas nada por su parte; está de acuerdo conmigo, y es mi favorito. Mejor que tú conoce él, que lo que yo quiero es hacerte feliz.

Con indignacion.

Sus. ¡Hombre vil! ¡en mi presencia te atreves á calumniarlo tan indignamente! Tú le engañaste sin duda, quando le hiciste aceptar ese cruel dinero. El te lo devolverá luego que... sepas quanto despreciamos lo que nos viene de tí. Persíganos en buen hora la miseria; lo mas que puede hacer es quitarnos esta triste vida.

Luis. ¡Pero qué engaño!... si yo no quiero otra cosa que tu dicha y felicidad... Yo te ofrezco una suerte envidiada de infinitas, mis bienes, y mi corazon. Hay cosas que á primera vista espantan,

convengo en ello... Pero vuelve en tí... yo me contendré, y nos explicarémos..

Mira á todas partes como buscando alguna cosa.

Sus. Señor, esta es la última vez que os digo me mandeis abrir.

Luis. ¡O! no, no: yo me guardaré bien... ántes de separarnos es menester que seamos amigos... qualquier otro partido, en conciencia, es inútil.

Coge Susana intrépidamente la escopeta de dos cañones, que descubre en el rincon.

¿Pero qué haceis, niña? ¿qué haceis?

Con vigor.

Sus. Yo saldré... No te acerques.

Asustado.

Luis. Dexa, niña, esa escopeta, déxala: mira que está cargada con bala... Cuidado, cuidado.

Con determinacion.

Sus. Infeliz de tí si te acercas.

Da muchos golpes á la puerta con la culata de la escopeta, y grita.

Abrid, señores, abrid; abrid por Dios.

Dispárase de repente uno de los cañones, y caésele la escopeta de las manos.

Cayendo encima de un taburete.

Luis. ¡Ay de mí!

De la parte afuera abriendo la puerta con precipitacion.

Rob. Socorro, socorro, socorro.

Huyendo desatinada.

Sus. ¡Ay Dios!

Vase.

Quedan inmobles en su primera actitud D. Luis y Roberto, mirándose sin poderse hablar.

SCENA VI.

Don Luis y Roberto.

Despues de un largo silencio.

Rob. ¡Un tiro!... ¡de dónde salió!... ¿quién está herido? En verdad que no me recobro de mi primer susto.

Luis. Estoy fuera de mí; no sé lo que me pasa.

Rob. ¿Pero cómo?...

Luis. Huyendo de mí, empujaba la puerta con esa escopeta... Uno de los cañones se disparó...

y es preciso que me haya hecho una harina la cabeza...

Rob. Nada, no señor... ¡Qué audacia enmedio de su virtud!

Cogiendo la escopeta con precaucion.

Pero se ha dado un escándalo espantoso. Toda la casa está alborotada, y los criados llegarán presto...

Luis. Salgámosles al encuentro, y manifestémosles que nada ha sucedido... Riete, riete pues...

Esforzándose á reir.

Rob. Sí, sí señor, me reiré, me reiré: ja, ja, ja.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el descanso espacioso de una escalera, que se comunica con la antecámara del aposento de Don Luis.

SCENA PRIMERA.

Paciente y Justo.

Lleno de la mayor alegría trae como en triunfo á su anciano padre.

Justo. Esta es la casa de nuestro bienhechor; esta su habitacion: corramos, padre, á abrazar sus rodillas, y á regar con nuestras lágrimas sus pies... Despues de vm., á él es á quien ama y honra mas mi corazon. Sus beneficios han aliviado los pesares de mi vida... ¡Padre mio! ya se acabó para nosotros el dolor.

Se sienta.

Pac. ¡Ay! hijo mio, estoy cansado. En diez meses que no hago exercicio, yo mismo me asombro de verme andar. ¡Cómo sucede el placer á las desgracias! ¿mas qué digo? ¿Acaso he pa-

decido yo? No, el cielo me dió un buen hijo: y en tanto que los de los ricos son bárbaros y descastados, los mios enxugan mis lágrimas: sus tiernos cuidados me han hecho bendecir mil veces la pobreza, y la pérdida de mi libertad.

Abrazándolo.

Justo. Quando os abrazaba en la prision, apénas podia respirar; solo pensaba en ocultar los tormentos de mi corazon; pero ahora mi gozo es puro, completo é inalterable... ¡Dios mio! Horror me causan vuestras penas pasadas.

Pac. ¡Mis penas! Soy hombre, hijo mio, y he debido probarlas. ¡Quántos infelices he visto padeciendo á mi lado!... Mi mayor satisfaccion de que el infortunio no me pudo privar, consistia en ver tranquila mi alma, en juzgarme á mí mismo, y hallarme inocente. La injusticia pudo hacerme verter algunas lágrimas; pero jamas entró en mi pecho la desesperacion. Dios me prestó valor, viendo que me sometia sin murmurar á sus altos é incomprehensibles juicios.

Justo. Vuestro corazon generoso fué quien os puso preso. Resistiéndoos á quitar sus aperos á vuestros hermanos los cultivadores, que-

dasteis en descubierto, y pasasteis por disipador de las rentas reales.

Pac. ¡Cómo ha de ser, Justo! Sin embargo, yo me consuelo... Mira; quando por entre las altas paredes de mi estrecha prision podia descubrir un punto del cielo, me decia, y quedaba satisfecho: allí reside el Protector de los desdichados: la tierra los olvida; pero el mas infeliz de ellos está presente á su vista. Dios me ama, pues me conserva á mi Justo... ¿Y Susana dónde está?

Justo. De léjos la ví, la llamé, y viene corriendo: Ven, hermana, ven...

SCENA II.

Paciente, Justo y Susana.

Corre, y se echa á los pies de su padre.

Sus. Padre mio, ¡estais en libertad!... ¡Mi padre libre!... ¡Y qué divinidad!... ¡Ay hermano mio! ¡dicha inesperada!

Pac. Hijos, hijos mios; demos todos gracias al cielo... Yo siempre confié en él; pero mi contento se redobla con las demostraciones de

vuestra ternura... Ya no nos separarémos.

Descubre á Don Luis.

Justo. Padre mio, á nosotros se dirige el bienhechor que á todos tres nos ha vuelto á la vida...

SCENA III.

Paciente, Justo, Susana y Don Luis.

Caminando hácia Don Luis.

Pac. ¡Ah señor! ¿Con qué podrémos satisfacer lo que os debemos? ¿Cómo pagaré el placer que me haceis gustar en este momento?...

Interrumpiéndole.

Justo. Disfrutad de vuestra generosidad... Mi padre, que aquí veis, estaba preso por deudas desgraciadas; acaso hubiera perecido entre los horrores de la miseria, si por medio del dinero que me disteis, no hubiera obtenido su libertad. Sus hijos le poseen... En esto, señor, empleé aquella suma que tan cara me fué.

Algo turbado.

Luis. Me alegro, me alegro. Sentaos, buen viejo. Tengo mucho gusto en hacer bien: yo... ya, ya veréis.

Justo. Para nosotros sois una deidad que amarémos y respetarémos toda la vida... Padre, hermana, echémonos á sus pies.

A Susana que llora.

La alegría te hace llorar. Vamos:

Justo y Paciente hacen ademán de arrodillarse, y Don Luis los levanta.

señor, nuestras mudas lágrimas os exprimen el mas vivo reconocimiento.

A Susana que permanece en pie.

¡Qué! ¿no te unes á nosotros? ¿Será acaso Susana insensible é ingrata? Me confundes, hermana... Me asustas y me afliges.

Cogiendo las manos á su padre.

Sus. ¡Ah Justo, Justo! Suspende tu juicio un momento... No, no...

Sofócase su voz en el seno de su padre, y no puede continuar.

Quiere separarla de Paciente.

Luis. Vamos, vamos; eso es demasiado: dexad respirar un poco á este pobre viejo; no le aflixais tanto, que tendrá necesidad de restaurar sus fuerzas. Que baxe: voy á la repostería á decir que le cuiden bien.

Conservando las manos de su padre.

Sus. ¡Padre mio!... No puedo proseguir... no puedo...

Pac. Hija mia... tus sollozos...

Sus. ¡Ay!... Es preciso que os torneis á la prision.

Con admiracion y sentimiento.

Justo. ¿Qué es lo que dices, Susana?

Sus. Te engañan, hermano, te engañan; y no sabes que...

Luis. Silencio, silencio por Dios... Queréis ahora...

Sus. No, no señor: si callára, sería culpable, y faltaría á lo que debo á su honor y al mio... Jamas les he ocultado nada... todo lo sabrán.

Pac. ¿Pues qué hay, hija mia?

Sus. El dinero que os ha dado la libertad, se prodigó para seducirnos á mí y á mi hermano. Todo el bien que nos hacen, es acosta de mi deshonor... Volveos á la prision, padre mio.

Con dignidad y entereza.

Pac. Sí, sin duda; me volveré ahora mismo y con mas gusto que salí de ella. La esclavitud, señor, me será ménos dura que la libertad, porque ésta os la debo, y me avergüenzo de que seais vos quien me la dais. Otro dia, acaso, la deberé á la piedad de corazones verdaderamente desinteresados: mi alma entónces se entregará á

la suave sensacion del agradecimiento, en vez que ahora la despedazan pesares amargos. Prefiero las cadenas á vuestras ofertas vergonzosas. Os firmaré un recibo, y haré una obligacion que os dé el mismo derecho sobre mi persona, único bien que poseo; pero ántes morirémos, Susana y yo, que permitir su infamia.

Luis. Os enojais muy presto: esperad un momento... escuchadme...

Pac. ¿Y para qué? ¿qué podeis decirme? Sin embargo, hablad; acabad vuestra obra: afligid el corazon de un padre tierno; atreveos á corromperlo para que prostituya á su hija, y haga de ella una infame... Soy pobre, pero honrado; nunca tuve á ménos el ser miserable; pero me humilla la idéa que habeis concebido: ¿y con qué derecho presumís, pueda yo ser cómplice vuestro?

Luis. No pretendo yo humillaros. Soy rico, y aun puedo añadir liberal. En mi mano está prodigaros toda clase de bienes; si así lo hago: ¿seré por esto delinqüente? Vos sois el único autor de vuestros males, vos que preferís la indigencia á la fortuna que os convida con sus dones: vos que...

Mírale Paciente, y enmudece turbado.

Con dignidad y entereza; pero sin acalorarse.

Pac. Acabad señor, acabad.. pero no os atreveis, sí; no podeis sostener la vista de un padre... Miserable y sin abrigo os confunde, os descubre la baxeza é infamia de vuestros designios, ó mas bien os ilumina en este momento; porque yo tengo para mí que no sois del todo un malvado. No, no lo sois... conoceis que os degradais, y que os haceis vil á mis ojos. Andad con Dios; yo olvido la injuria que me habeis hecho para daros á conocer toda vuestra afrenta.

Furioso.

Justo. ¡Ah bárbaro! ¿por qué no leeria yo tu corazon? ¿por qué me engañaste? ¿por qué me mostraste una sombra de felicidad para precipitarme de improviso en la mas cruel desesperacion? ¡Ah! ¡que no hubiera yo leido tu frente pérfida! Hubiera pisado con ignominia el oro que bendixe; hubiera...

Con autoridad de padre.

Pac. Silencio, hijo, silencio; yo te lo mando.

Aparte.

Justo. ¡O tormento desconocido! ¡el oprobio nos acechaba, y estos golpes parten de él!

Violentándose.

Luis. Pero no me habeis dexado concluir... Mi aficion pudiera llegar á ser verdadera : prendado de su hermosura, podria formar con ella lazos que desterrasen todos vuestros escrúpulos : no sería este el primer exemplo del triunfo de la belleza que hayais visto en el curso de vuestra vida.

Pac. Nuevo insulto que desprecio, ó mas bien que perdono á un mísero jóven que jamas supo en qué consiste el honor ; qué exîge ; qué ordena; y qué inspira. Hay cierta grandeza de alma que se halla con mas freqüencia entre los pobres, que entre los mismos ricos. Esta la tengo yo ; y por mas que hagais, nunca me avillanaréis. No, jamas... Aunque en efecto pensárais casaros con Susana, no os juzgaria digno de ella: por la opulencia nadie se iguala á la virtud. Id con Dios: yo le destino otro esposo que la hará feliz.

Míranse recíprocamente Justo y Susana.

Desde aquí voy á efectuar lo que mis oraciones han pedido al cielo muchas veces, y porque deseaba con ansia el momento de mi libertad. Señor, solamente una hora necesito ; despues volveré á empeñaros mi persona, constituirme vuestro deudor, y ponerme en vuestras manos... Fiad en mi palabra.

Luis. No os vayais; estaos quieto, conservad vuestra libertad.

Pac. No quiero deberos nada:

Señalando á Susana.

la habeis ultrajado.

Dirigiéndose á Susana.

Luis. Y vos, Susana, ¿es cierto que me detestais?

Gesto mudo de Susana por respuesta.

Pac. No podemos aceptar ninguno de vuestros beneficios; son demasiado crueles: y mísero aquel que los merece... ¡Hija! ¡hijo!

Hacen ademan de marcharse.

Pero no, estaos quietos; y vos señor, ya que el vicio aun no ha fixado su asiento en vuestra alma, ya que no es imposible reformarla con el exemplo de una virtud victoriosa en la desgracia, y con el de los caprichos de la fortuna que se burla de nosotros en tanto que exîstimos, sed testigo de una declaracion que mi corazon hace, por no poderla reservar mas tiempo.

A sus hijos.

Este es el instante que os he prometido tantas veces; debo explicarme en presencia de este caballero para extinguir en su corazon la mas pequeña centella de una esperanza criminal...

Susana... Justo... pensais ser hermanos... hijos mios, uno de vosotros...

Justo. ¡Qué vais á decir!... ¿Uno de nosotros no es hijo vuestro?

Sus. Temo por él... tiemblo por mí...

Pac. Siempre seré vuestro padre; siempre os amaré igualmente; nunca dexaréis de ser hijos mios, y yo estoy seguro de conservar siempre vuestros corazones... ¡Susana mia! Muchas veces te he hablado de tu tio y de su hijo, que vivian llenos de riquezas: uno y otro sabeis las muchas diligencias que he hecho para encontrarlos, y todas ¡ay! infructuosas... Pues bien, Susana, sábete que tu padre y hermano eran los que yo buscaba.

Acongojada.

Sus. ¡No soy hija vuestra!

Justo. ¡No soy yo tu hermano! ¡cielos!

Pac. Esperad, hijos, un momento, y no me interrumpais.

A Susana.

Tú me fuiste confiada por mi hermano luego que naciste: mi muger te alimentó con sus pechos, y te sirvió de madre. Criada en compañía de mi hijo, como si fueras hermana suya, y teniendo

yo que dexaros entregados uno á otro, para que vuestra union fuese pura y fraternal; no hallé otro medio mejor que el de dexaros ignorantes de un secreto, cuyas pruebas por escrito siempre he traido conmigo para manifestarlas en caso necesario. Sabeis que perseguido por la desgracia, y errante por todas partes, he perdido hasta la esperanza de encontrar estos dos parientes, que inutilmente he preguntado á la tierra entera. Supe que mudáron de apellido, y que se avecindáron en esta capital; pero la suerte me ha ocultado hasta los menores indicios... Susana, hija mia, hoy debieras vivir en la opulencia, y sin embargo permanecerás pobre; pero en recompensa tendrás una alma virtuosa, varonil, inocente y tranquila. Consuélente, pues, estos bienes de todos los que has perdido.

Aparte.

Luis. Debo ver en qué para esto... son cosas que me interesan mucho.

Pac. Con razon he adquirido el derecho de disponer de tí. Necesitas un esposo que te conozca y te ame; necesitas un protector que te defienda. Hacer enlaces felices no se prohibe á los pobres, ántes por el contrario son ventajas propias

que los ricos les envidian.

Cógense las manos Justo y Susana, y con sus ojos exprimen sus mutuos sentimientos.

Sí, hijos mios, conozco vuestros corazones; habeis nacido uno para otro, y Justo debe encontrar á su esposa perdiendo á su hermana.

A Susana.

Díme, ¿no le prefieres tú, no solamente á este rico, sino tambien á todos los de la tierra?

Abrázanse Justo y Susana.

Sus. ¿Necesito yo decirlo?

Aparte.

Luis. ¡Qué scena! ¡qué narracion! ¡qué inquietud se apodera de mí!

Justo. ¡Ah Susana! ya estarémos juntos toda la vida.

Sus. Her...

Justo. Olvida el nombre que ibas á pronunciar; olvídalo por otro no ménos caro... Sea qual fuese el título que me des, no me será posible amarte mas.

A Don Luis que los está contemplando pensativo.

Pac. ¿Decidnos ahora, si todo quanto poseeis equivale á una de las efusiones dulces de nuestro co-

razon? ¡ah! ¡si probaseis estos movimientos puros y halagüeños!...

Con transporte.

Ricos infelices, guardad vuestro triste oro, y dexadnos el deleyte de las lágrimas.

Abraza á sus hijos.

Vamos, hijos mios, vamos; yo os guiaré, seguidme: el ayre que aquí se respira no es bueno. Señor, ya sabeis el motivo porque quise fueseis el primer testigo de la declaracion que tengo que hacer públicamente: despues que extendamos de ella un testimonio en forma, yo volveré.. Ya os tengo empeñada mi palabra. Dios os guarde

Vanse Justo y Susana miéntras dice Paciente estas últimas palabras.

Le detiene.

Luis. Esperad... oid una palabra.

Pac. A la vuelta señor, á la vuelta: dentro de poco seré con V. S... Si temeis perder vuestro dinero, os firmaré un recibo... concededme una hora solamente.

Luis. No os quiero mas que una palabra... hacedme el favor de decirme cómo os llamais, y el pais de donde sois.

Yéndose.

Pac. Paciente Perez, de Frexenal de la Sierra, en la provincia de Extremadura... servidor vuestro.

SCENA IV.

Don Luis desasosegado se pasea muy de priesa.

Luis. El es, ella es, ellos son... No cabe duda... ¡Encuentro fatal! ¡pérfida suerte! Por poco no me descubro. Aquí es preciso prudencia y actividad. El primer paso, sin duda, debe ser no dexarlos salir de Madrid. Despues les daré dineros, y de repente los haré marchar.

Tira de la campanilla, y sale un criado.

Pánfilo corre tras ellos, y hazlos volver inmediatamente. Diles que tengo que comunicarles cosas de importancia, y que no admiten espera. Despáchate, y cumple bien este encargo.

Vase Pánfilo.

Los contendré, abjuraré en su presencia el frívolo capricho que se me puso en la chola sin saber cómo; les prodigaré el dinero con demostraciones de zelo puramente generoso, y mañana los haré poner en marcha para su lugar. Con una casa y algunas hanegas de tierra quedarán con-

tentos. Sí; esto debe hacerse para salir bien con la empresa... ¡Pero estoy trémulo!... quisiera... no sé... ¿en qué vendrá á parar todo esto?

Paséase con precipitacion.

SCENA V.

Don Luis y Don Leon.

Luis. Buenos dias Don Leon; á mejor tiempo no podíais venir.

Leon. Gracias á Dios que os encuentro solo. Temia no poderos ver, porque...

Luis. Escuchadme: tengo mucho que comunicaros...

Leon. Permitidme que ántes os diga yo á lo que vengo...

Luis. No, eso no; yo debo manifestaros...

Leon. Por Dios, prestadme vuestra atencion...

Luis. De buena gana; pero será despues que os diga...

Leon. ¿Si supiérais?...

Luis. Lo sé...

Con viveza.

Leon. ¿Lo sabeis? ¿lo sabeis? Es extraño: ¿sabeis que acabo de tener noticias de ellos? ¿sabíais esto?

Dando una patada en el suelo.

Luis. Sí, lo sé mejor que vos.

Leon. Me desatinais; sabed, sabed pues que la hermana está en Madrid en compañía de su tio y de su primo.

Luis. Lo sé, lo sé... voto á... ¡ojalá no lo supiera!

Asombrado.

Leon. ¿Lo sabeis? ¿y por quién?

Luis. Los buscábamos léjos, teniéndolos á nuestra vista.

Leon. ¡A nuestra vista!

Luis. El texedor que vive en esa pocilga... hermano y hermana supuestos... el padre que estaba preso; todos acaban de salir de aquí.

Leon. ¡Es posible!...

Luis. Ellos son, no hay duda: por lo que dixéron los he reconocido.

Pasmado.

Leon. ¡Son los que viven en aquel zaquisami!

Luis. Sí, sí... Si supiérais lo que me ha pasado con esa familia indigente... Yo dí al texedor cincuenta doblones, y estos han servido para sacar á su padre de la cárcel.

Con enfado.

Leon. ¿Y quién diablo os mete á dar así vuestro dinero? Esto siempre trae consigo fatales conseqüencias.

Luis. El padre me ofreció hacerme un recibo.

Leon. ¡Un recibo! Tomadlo, tomadlo: yo haré el borrador; no digamos en él, que la suma de que se confiesa deudor, sirvió para sacarlo de la cárcel, porque entónces no podríamos hacerle entrar en ella otra vez.

Luis. ¡O! no es esta suma miserable la que me inquieta.

Leon. Hicísteis mal, hicísteis mal... Pero esta canalla querrá seguir la cosa con calor... ¿Saben acaso que vos sois?...

Luis. Nada, nada enteramente... ni aun lo recelan siquiera...

Con alegría.

Leon. ¿Nada saben? Pues si así es, dexadme á mí, yo me las entenderé con ellos; yo los apartáre bien pronto del asunto; yo haré que á todos tres los metan en la cárcel. No os dé cuidado... Tres plazos me deben... ¿A dónde estan, á dónde estan?

Luis. A un criado envié en su alcance, para mejor retenerlos: presto los veréis, presto los veréis.

Leon. Bravo, bien pensado... ya viene... cuidado... Aquí estan.

SCENA VI.

Don Luis, Don Leon y Panfilo.

Con impaciencia.

Luis. ¿Qué hay?

Panf. Señor, por mas que me empeñé, no pude hacerlos volver pie atras. El viejo me juró que dentro de una hora estaría aquí, que ántes no podia ser porque tiene que hablar con un escribano. Me preguntó por uno que fuese de confianza y hombre de bien, yo los dirigí á D. Bonifacio, y corren á su casa.

Furioso.

Luis. Miserable... perecerás á mis manos.

Temblando.

Panf. Pues, señor, ¿en qué he delinquido? ¿No es muy hombre de bien Don Bonifacio?

Luis. Retírate, ó teme mi cólera... Retírate.

SCENA VII.

D. Luis y D. Leon.

Leon. No hay que hacer, el destino se burla de nosotros... la suerte, la suerte nuestra.

Paseándose distraído.

Luis. El furor me enagena.

Leon. Porque, aun quando Panfilo no los encamináre á casa de Don Bonifacio, el primer escribano á que se dirigieran los instruiría de todo, habiendo publicado nosotros que tenemos que decir á vuestra hermana ó sus herederos, cosas de la mayor importancia. Hay mas; prometímos cierta recompensa á qualquiera que nos diese noticia de ella; y en el diario de hoy un recaudador de rentas hace saber que está en Madrid con su hermano, y que vuestro tio se halla preso en esta capital por no haber sido sus muebles suficientes para pagar ciertas deudas en que salió alcanzado.

Luis. ¿Y qué harémos en este caso? ¿cómo eludir el terrible golpe que nos amenaza?

Leon. Vestíos presto; pero ántes enviad un recado á Don Bonifacio para que os espere, y no se dexe ver de nadie hasta que llegueis... Encargadle muy de veras que esté solo... vamos... quanto ántes, coged la pluma.

Don Luis fuera de sí llama á todos sus lacayos: estos salen.

Luis. ¿Y mi secretario?

Fac. Ha salido, señor.

Paseándose.

Luis. ¡Impertinente! ¡fatuo! ¡quándo yo le necesito! Iros... esperad... no, marcháos todos... ¡Qué reato!... Si yo no hubiera dado los cincuenta doblones, no hubiera salido el padre de la cárcel, no hubiera venido aquí, ni hubiera tenido noticia de mi escribano... ¡Dia fatal! ¡Capricho maldito!

Leon. El tiempo urge, y es menester escribir dos palabras absolutamente.

Desesperado.

Luis. Estando ausente mi secretario, ¿puedo yo escribir?

Leon. No os apureis por eso, yo haré sus veces.

Luis. Enhorabuena: ¿por qué no lo habeis dicho ántes?... Pasémos á mi gabinete.

Llama.

Tinta, plumas, papel. Vos me dictaréis todo lo que se ha de poner: ¿entendeis? Todo, todo.

Mirando á sus criados.

Yo echaré de casa á todos estos bribones.

ACTO QUARTO.

El teatro representa el despacho de un escribano: Don Bonifacio en bata, aparece sentado á su bufete, que estará todo cubierto de procesos y legajos.

SCENA PRIMERA.

D. Bonifacio leyendo y firmando.

Bon. ¡Qué multitud de deudas! Con dificultad se habrá visto otro siglo mas hambriento de dinero.

Menea la cabeza.

Mal negocio... ¡Sin fondos ni crédito!... malo. La pública confianza era para éste una mina inagotable, y despues de haberla cerrado con imprudencia, ahora quiere...

Se encoge de hombros.

¡Qué ignorancia!

Sale Alvarez, y le presenta unos papeles para que los firme.

¿Qué es esto? ¡Ah! El usurero que quebró... En el dia todo se compone. ¡Qué robo!... ¿Y los herederos de D. Cosme no han venido? ¿Quán-

do señalarán dia para transigir su negocio?

Alv. Poco despues que vm. salió, quiso Pantoja componerlos difinitivamente; pero con tres horas de contestaciones nada han adelantado... Se despidiéron diciendo que iban á escribir en derecho.

Bon. ¡Qué almas tan mezquinas enmedio de tantos títulos y bienes de fortuna! ¡Quántas baxezas no les ha hecho cometer su vil interés! Yo mismo los ví; no bien habia espirado D. Cosme, quando todos me asaltáron como una quadrilla de lobos encarnizados unos contra otros. Sus ojos famélicos me decian, todo es mio, nada es de mi hermano; y si vamos á ver, el ménos rico de ellos tiene mas de doce mil ducados de renta.

Alv. Quien ha venido segunda vez, es aquel padre, y su yerno futuro.

Bon. ¿Y qué?

Alv. Aun no se han convenido, y toda la diferencia está en diez mil reales.

Bon. ¡Qué pueda ajustarse de este modo un himeneo feliz! El bueno del padre tiene demasiado cariño á su dinero; es verdad que le habrá costado muchos sudores el ganarlo, y por eso me

parece ménos despreciable que su yerno; pues con todo el amor que segun dice profesa á la chica, se obstina imprudente en no casarse con ella, sino le dan los quatro mil pesos de dote... Aunque estoy viendo treinta años ha, cosas de esta clase, no me puedo acostumbrar á ellas.

Alv. El administrador envió recado... aquel que ha metido por fuerza á su hija en un convento.

Bon. Por no tener, segun dice él, bastantes fondos para casarla, miéntras que todo el mundo sabe los ruinosos gastos que hace en francachelas que le deshonran... ¡Qué gentes!

Alv. El viudo dexó dicho que dentro de poco volvería, y que solamente quiere entenderse con vm.

Bon. ¡Conmigo!... Yo se lo agradezco. Nunca me reducirá á que extienda las nuevas capitulaciones segun sus intentos perversos. ¡Qué via tan criminal quiere tomar este padre ciego para perder á sus hijos menores de edad, en favor de su segunda muger!... No creo que ninguno de mis compañeros se preste á tales supercherías: y mísero aquel que lo haga.

Firma.

Acuérdate bien, Alvarez, si llegas á exercer este empleo; acuérdate bien de los deberes que nos

impone. No basta llenarlos con aquella integridad ordinaria que nos pone á cubierto de toda reprehension; es menester atender con severidad escrupulosa á que nadie haga mas que lo puramente justo y equitativo. En fin, nosotros somos los que debemos sondear y descubrir al Brevion, quitarle la mascarilla con que se cubre, y si fuere posible, avergonzarle manifestándole su propia baxeza. El que así se conduce es útil á la patria, duerme satisfecho, y vive contento consigo mismo.

Alv. Bastante, señor, me dice vuestro exemplo; ¡y oxalá que todos los que tienen empleos públicos, exerciesen sus funciones como vos exerceis las vuestras!

Bon. Silencio, silencio, amigo... No hablémos de nadie; caminémos via recta, y no nos parémos á ver los que se extravian... Léjos de nuestro pensamiento todo lo que no sea decente...

Sale Pantoja, le entrega una carta, y se va.

Pant. Señor, esta carta han traído de parte de Don Luis.

Bon. Dame acá. *La lee.*

Me ruega que esté solo, y no me dexe ver de

nadie porque viene ahora mismo con su Procurador para concertar... Sé lo que quiere. Este Procurador y este jóven... No, no nos convendrémos... ¿Y aquellas informaciones que mandé hacer?... ¿No ha resultado nada de ellas?

Alv. Nada, señor.

Bon. Pero el diario y carteles de hoy no habran venido todavía.

Alv. No señor.

Bon. Pues entrámelos luego que los traigan... Cada vez que pienso en este negocio me entristezco... Los infelices acaso padecerán la mayor miseria, al mismo tiempo que sin saberlo, son poseedores de bienes muy considerables.

Suspira.

Dame aquel legajo núm. 307... de este lado... ponlo ahí.

Sale Pantoja con una sumaria, y Alvarez se retira.

¿Se ha confrontado? bueno... Llévate estos otros papeles.... y avísame inmediatamente que me busquen; no hagas esperar á nadie. En Madrid nada es mas escaso que el tiempo... El mio está consagrado al público, y debo emplearlo todo en su servicio.

Pant. Señor, en el estudio estan un paisano viejo, otro mozo, y una muchacha... Parece cosa de matrimonio. Quieren hablaros; pero no teniendo yo por conveniente interrumpiros ahora, estan esperando abaxo.

Bon. ¿Por qué no me has avisado ántes? Mil veces te he dicho que no detengas á esta clase de gentes... Ve presto, diles que entren.

Vase Pantoja.

SCENA II.

Don Bonifacio solo.

Bon. ¡Qué negligentes los hace su atolondramiento! En buen hora, que mi primer Pasante despache á los Condes, Duques y Marqueses; pero los pobres los reservo para mí, son mi recreo. Ellos entran con cortedad, y no saben que nunca estoy tan contento como quando sus alvarcas ensucian mis esterados. Muchas veces he encontrado almas nuevas y grandes en estos que el orgullo llama villanos...

Descúbrense Paciente, Justo y Susana limpiándose los pies de la parte afuera, y dudosos de entrar: levántase Don Bonifacio, y sale á recibirlos.

SCENA III.

Paciente, Justo, Susana y Don Bonifacio.

Bon. Entrad, entrad amigos, entrad pues... Bien estais, abuelito: dexaos de limpiar los zapatos... como quiera, entrad...

Pac. y Justo. Señor, señor, venimos...

Bon. Ante todas cosas, tomad asiento todos tres.

Justo. Tememos...

Bon. Con entera libertad: como si estuvierais en vuestra propia casa... Vaya, sentaos...

Siéntanse.

Eso es... Decid ahora... ¿Es cosa de matrimonio?

Justo. ¡Señor lo habeis adivinado!... Sí señor.

Bon. Me alegro... La chica es bonita, y además muy modesta; y para mí es un placer indecible el que tengo en hacer tales matrimonios... y bien, amigos, estaréis de acuerdo. Vosotros sois los que verdaderamente os casais, porque los de las ciudades por poco que tengan, lo que hacen son mercados.

Pac. ¡Ay señor! nosotros estamos del todo convenidos; pero hay un inconveniente, y este es el motivo porque os quería hablar. Yo deseo

con ansia que estos muchachos se casen: es preciso que así suceda, porque en ellos estriba toda mi esperanza, y porque esta es la única felicidad que espero tener ántes de baxar al sepulcro: pero señor, no lo creereis; entre todos tres no tenemos... No me atrevo á acabar, no obstante de que es preciso.

Justo. Permitidme, padre mio, que yo lo diga por vm.

Pac. No, Justo, déxame á mí. Señor, vengo á implorar vuestro auxîlio, y á revelaros nuestra triste suerte... vengo... ¡Ah! mis idéas se confunden...

Bon. ¿Por qué dudais? ¿en qué os deteneis? El hombre de bien nunca debe temblar delante de un semejante suyo, que tiene por obligacion en todo tiempo escucharle, y serle útil... Yo os respeto porque me pareceis honrado.

Levantándose, y tendiendo los brazos hácia él.

Pac. Pero sin dinero... Nada tenemos que daros, señor; y no sé de qué medios valerme para que protejais su matrimonio. Yo lo que quiero solamente es, que se puedan casar, que por lo demas ellos son laboriosos y sobríos, y siempre tendrán pan que comer: por otra parte la pro-

videncia que los ha ayudado hasta el presente, se dignará acaso favorecerlos mas en adelante.

Bon. Soy de vuestro parecer, y con razon pensais de esa manera. Sí, no hay duda, yo tambien quiero verlos unidos; mi mismo corazon parece se alegra secretamente. Estad seguros que todo lo que concierne á mi ministerio se hará con la mayor diligencia, sin exîgir nada por el feliz poder de exercerlo.

Gesto mudo entre Justo y Susana.

Pac. ¡Ay señor! ¡cómo pagar tanta bondad! Sin embargo, ellos pueden concebir algunas esperanzas, y este es otro poderoso motivo porque anhelo se realice el contrato; porque el padre de esta niña... Todo lo sabréis... El inconveniente mayor que hay en este asunto, es que una es sobrina mia, y otro mi hijo... Quisiera saber...

Bon. ¡Primos hermanos! es verdad... es un obstáculo...

Justo. ¡Obstáculo!... estoy perdido... ¡ah Susana!

Bon. No os aflijais por eso: todo tiene su remedio. En sacando la correspondiente dispensa, la cosa está compuesta, y yo os prometo suplir el dinero que se necesite para conseguirla.

A Paciente.

Me parece que quadran bien para que los dexemos penar.

Pac. ¡Ah señor!... vuestra generosidad...

Con la pluma en la mano.

Bon. Vamos, ¿quál es vuestro oficio?

Pac. Vivia de la labor.

Con amor.

Bon. Bueno: ¡si supiérais quánto amo, si supiérais quánto venero á los labradores!

Pac. Oprimido por infinitas calamidades que me abarrancáron, y perseguido por intereses que no pude cobrar, me prendiéron...

Bon. Hay hombres muy duros; pero dexémoslos entregados á su propia insensibilidad... serán castigados... Decidme, abuelito; ¿en qué tierra teníais vuestro domicilio?

Pac. En Frexenal de la Sierra, provincia de Extremadura.

Con interés.

Bon. ¿En Frexenal de la Sierra? Justamente este es el lugar... me alegro,

Levántase, y ojea en el legajo núm. 307.

porque busco cierta familia del mismo pueblo; y acaso me daréis noticia de ella.

Pasa muchas hojas en voz baxa, y de improviso alza la voz.

En 1750 un tal Paciente Perez...

Pac. ¡Ay señor! aunque sea alguna nueva desgracia que me esté reservada, no puedo negar la verdad: yo soy ese Paciente Perez.

Atónito grita.

Bon. ¡Vos sois Paciente Perez!

Pac. Sí señor; el mismo, yo soy.

Trémulo de alegría.

Bon. Estadme atento: sois hermano de Isidoro Perez, que despues se mudó el apellido, y tomó el de Dueñas... que estuvo ausente...

Pac. Sí señor; mi hermano, y padre de esta niña: hermano á quien ando buscando, y de quien no he tenido la menor noticia muchos años ha. ¿Quereis ver papeles que os confirmen todo lo que digo?

Busca en sus faltriqueras, y le entrega unos papeles.

Los lee rápidamente, y exclama transportado.

Bon. ¡Amigos mios! el cielo os traxo á mi casa. ¡Dia feliz!... el gozo me enagena... esta es la niña que buscábamos por todas partes... ¿No leeis vosotros el diario?

Pac. Nunca, señor; ni aun sabemos lo que es... ¿Acaso vive su padre? ¿le conoceis, le conoceis quizá? ¡Ah! dadnos alguna noticia; sean quales fueren sus yerros, al fin es mi hermano.

Sus. ¡Justo!... ¡Justo!...

Justo. Escuchémos, escuchémos... Señor, acabadnos de sacar...

A Susana en tono grave, pero sensible.

Bon. Conocí á vuestro padre; sí, le conocí... A mí fué á quien mandó llamar en su última hora...

Con voz dolorida.

Sus. ¡Ha muerto!...

Bon. Llorando no teneros á su lado para que le cerraseis los ojos. Murió amándoos, llamando á su hija, y deseando reparar su olvido... El me dictó el testamento que aquí veis... dexó ochenta mil ducados de renta, que se han de partir entre sus dos hijos. Hoy mismo os presentaré á vuestro hermano Don Luis, que vive opulento con el apellido de Dueñas que tomó vuestro padre.

Paciente, Justo, y Susana manifiestan su admiracion con acciones; háblanse sus ojos, y exclaman casi juntos.

Justo. ¡Ah Susana!

Pac. Ve aquí tus virtudes recompensadas... El cielo és justo.

Sus. ¡Es ilusion!... Mi padre... ¡Qué! ¡Don Luis Dueñas será mi hermano!

A Susana.

Bon. ¿Le conoceis acaso?

Sus. Demasiado.

Justo. ¿Es uno que vive en la calle mayor?

Bon. El mismo.

Se levanta.

Pac. Todos tres, señor, venimos ahora de su casa.

Bon. ¡De su casa! ¿Pues cómo? decídmelo... informadme de los motivos que os pudiéron llevar á ella.

Pac. ¡Ah señor! Excusadnos una relacion circunstanciada de cosas que nos avergüenzan. ¡Qué educacion ha tenido á pesar de sus riquezas! ¡quánto mas valiera que pobre como nosotros fuera honrado y virtuoso! ¡Pero ay! corrompido por la opulencia és un seductor, un vicioso que creyó esta mañana poder comprar su virtud... A mí mismo tuvo cara para proponérmelo.

Bon. ¿Y no os habeis dado á conocer uno á otro.

Pac. Yo le dixe mi nombre al despedirme... ¿Pero se acordará de él?

Bon. ¡Que si se acuerda! Sí, ciertamente, y de un modo que humilla su orgullo, y amedrenta su avaricia.

Sale Pantoja.

Pant. Señor, Don Luis Dueñas se apea del coche.

Pac. ¡Vendrá tambien á perseguirnos aquí.

Al criado.

Bon. Que espere un momento.

Vase el criado.

¡Amigos mios! este es uno de los dias mas hermosos de mi vida. ¡Quántas gracias doy al cielo por tan dichoso encuentro! ¡quánto bendigo la mano de la providencia!... Ya dexasteis de ser pobres, principiais á ser ricos, y á no necesitar á nadie: disfrutaréis lo que es vuestro, y que merecen vuestras virtudes.

Pone la mano sobre un papel que está á su derecha.

Este es el testamento que os voy á leer... Susana, esta es la firma de vuestro padre que no habeis conocido. ¡Ay! bien presente os tuvo él en su última hora.

Besa llorando la firma de su padre.

Sus. ¡Ah! ¡que no exîstiera todavía!

Justo. Déxame, que yo tambien bese su nombre...

Tu padre debe serlo mio igualmente.

Levantándose.

Bon. Dentro de poco veréis lo que contiene ; y puesto que vuestro hermano está esperando, voy á llamarlo : mas para que su primer entrada sea ménos ruidosa , pasad todos á este gabinete. De ahí oiréis mi voz , y á su tiempo os mandaré salir, porque quiero enternecer, confundir y ablandar su duro corazon. ¡Si se diera á partido! ¡qué contento quedaria conmigo mismo!

Pac. ¿Quién , señor, os hace tan bondadoso para con nosotros?

Bon. Hice juramento de ser justo , y cumplo con mi oficio... Entrad, amigos...

Abre la puerta del gabinete , y cierra tras sí. Despues toca la campanilla , y sale un criado.

SCENA IV.

Don Bonifacio y un criado.

Bon. Que entre Don Luis Dueñas...

Vase el criado.

Verémos si aun se está en sus trece , y si hace ánimo de llevar adelante su injusto proyecto; pero ya no se le puede disimular mas. Las le-

yes claman por la particion... Lo que siento es que D. Leon sea albacea. Es su consejero, y como los enredos le son tan familiares... Aquí estan...

Sale Don Luis y Don Leon: los saluda, manda acercar sillas, y se sienta con gravedad en su poltrona.

SCENA V.

Don Bonifacio, Don Luis y Don Leon.

Luis. Siempre sobre una misma cosa; extraño que vm. se conduzca así con nosotros. Tenemos las manos atadas, y como quiera es una mitad que le causa á uno sus desasosiegos... De todos modos, es menester quanto ántes zanjar este negocio...

Con frialdad.

Bon. ¿Habeis tenido algunas noticias? ¿Sabeis acaso el paradero de la hermana, sin la que nada podémos terminar?

Enfureciéndose.

Luis. Nada se puede terminar... Este, señores, es vuestro lenguage; todos os pareceis en él... Dilaciones y mas dilaciones... Si vive, porque vive; y si ha muerto, porque ha muerto, ¿nunca debo poseer sus bienes? Sí, probablemente habrá ya

mas de un siglo que esté en el otro mundo... En verdad que mis negocios no se ordenan de este modo.

Bon. Ya os he dicho que sin una sentencia especial, no se os puede dar la posesion de los bienes de esa hermana, que suponeis muerta tan gratuitamente. Habeis visto que solo un Escribano público pudo hacer sus veces quando se abrió el testamento, se hizo el inventario, y se vendiéron los muebles. La ley toma á los ausentes baxo su proteccion, no confia á los parientes sus intereses; y si despues de probado cierto tiempo de ausencia les pertenece á estos la posesion de los bienes de aquellos, es con el gravámen de devolvérselos si se presentan. Esta posesion no da la propiedad al heredero aparente, sino solo la simple administracion de que es responsable en caso que el ausente vuelva; no puede venderlos, enagenarlos, ni hipotecarlos en cien años, durante los quales la ley le presume vivo. Es muy singular que el señor Don Leon, vuestro consejero, no os haya confirmado todas estas verdades. En una palabra, solo la fé de muerto de vuestra hermana puede destruir la presuncion de la ley; porque podría suceder que se hallàse

con completa salud, y que viniese ahora mismo á reclamar su legítima.

Leon. Pero bien sabeis que no se parten tan fácilmente los bienes con una desconocida; y aun quando se presentára en el momento la hermana de este caballero, nosotros nos querellaríamos de su impostura, como dirigida á usurpar el apellido y bienes de la familia. Permitidme que os lo diga: semejante tentativa con dificultad sale bien; porque no se presume que ningun padre pueda negar á un hijo suyo: del mismo modo, los Jueces jamas pronuncian en favor del incógnito, como no se vean convencidos por pruebas mas claras y evidentes que la luz del medio dia; y por dicha nuestra nada es tan dificil de presentar como una cadena de hechos que conduzcan al descubrimiento de la naturaleza. Me diréis que ella presentará su partida de bautismo: enhorabuena, verémos si está firmada de su padre. No basta establecer con certeza el nacimiento, es preciso probar la identidad hasta la última evidencia: es decir, que es preciso aplicar la prueba del nacimiento específica y exclusivamente al individuo que reclama la filiacion, y esta aplicacion no puede hacerse sino por una

serie de pruebas que establezcan la posesion de naturaleza adquirida por el nacimiento... Pedirá, me diréis, se le admita á prueba testimonial; pero nosotros nos opondrémos de todas veras; y si se le permitiere, la destruirémos con tachas, hechos justificativos, y contrarias informaciones. Ultimamente, nosotros alegarémos la falsedad...

Recostado en su asiento.

Luis. Sí, muy bien dicho; la falsedad...

Bon. De quanto acaba de decir Don Leon, enhorabuena:

A Don Leon.

Vamos: ¿vm. piensa que está hablando con la hermana, ó intenta arruinar á su cliente con condenacion de costas?

En tono zalamero se acerca á Don Bonifacio.

Leon. Aun me quedan otros arbitrios; pero los dexo porque es menester hablaros sin rebozo. Nosotros hemos venido aquí de hecho, y caso pensado: y si quereis entrar en las miras de este caballero, yo os respondo de su completo agradecimiento. El necesita los 80000 ducados por entero... ¿Y qué haría esa muchacha con suma semejante?... Con una friolera quedará contenta. Escuchadme: ¿no han estado aquí unas pobres

gentes? Sabémos que viniéron acá, lo sabémos; fuera de que allí veo las carpetas del... Vaya, seamos amigos, y no querais ahora declararnos la guerra: yo os juro que podeis contar con... ¿quedaréis contento? ¿quedaréis satisfecho?

A Don Luis quedito.

Es menester ganarlo.

Luis. Sí, sí.

Con sorna.

Bon. No os comprehendo, explicaos...

Con risa violenta.

Leon. Ya os haréis cargo, que nosotros lo que querémos es una composicion amistosa. Don Luis es racional, y accede á concederle algo para que se vuelva á su tierra: tambien le asignará una pensioncita muy decente; pero todo esto será despues que ella haga renuncia en forma. Este artículo es preliminar, y no se le dará un ochavo hasta que quede completamente evacuado.

A Don Luis.

Bon. ¿El señor Don Luis se promete acaso salir adelante con su proyecto?

Luis. Solo consiste en que vm. nos preste su auxîlio, porque siendo Don Leon executor testa-

mentario, sabe muy bien cómo debe interpretarlo.

Coge el testamento, y se dispone para leerlo.

Bon. Ante todas cosas oid el testamento que me dictó vuestro padre, cuyas últimas voluntades debeis respetar como leyes sagradas.

Luis. ¡O! quando lo hizo estaría muy malo... de otro modo, yo sé que en su cabal salud...

En voz alta.

Bon. Permitidme que os lo lea.

Luis. Ya lo he oído.

Con firmeza.

Bon. Muy mal: por eso os lo vuelvo á leer.

A Don Luis.

Leon. Dexad, escuchémos: acaso encontrarémos nuevas nulidades que se nos hayan escapado...

Don Bonifacio le mira con indignacion.

En voz alta y pausada.

Testamento de Isidoro Perez.

Bon. "Me hallo muy postrado para esperar volver á la vida: ésta me dexa en el único instante que veo como debiera haberla empleado. ¡Qué momento! Vosotros los que leais esta mi última

voluntad, meditad el paso en que me hallo. Algun dia os veréis como yo; entónces es quando la verdad toma incremento, se hace preciso reconocerla y rendirla vasallage.

Leon. Todo eso es moral: adelante, adelante.

Le vuelve á mirar indignado.

Bon. Yo declaro por este testamento...

Leon. ¡Ah! aquí estamos ya.

Bon. Haber dexado una niña, fruto segundo de mi matrimonio, en poder de mi hermano Paciente Perez, labrador de Frexenal de la Sierra, mi patria, en la provincia de Extremadura. - Declaro que esta niña es mi hija legítima, hermana menor de Luis Perez, que despues se llamó Dueñas, apellido que yo tomé. - Declaro haberla desamparado en un principio por no poderme encargar de ella, y que arrastrado despues por la ambicion, la codicia, y las ocupaciones, y errante en paises remotos, la olvidé enteramente. Habiendo llegado á un estado que el hombre llama feliz, hasta tanto que la muerte le hace abrir los ojos, tuve la crueldad de imponer silencio á mi corazon siempre que me la recordaba; todo con el intento de acumular mis bienes en la cabeza de mi hijo. A favor de un falso

apellido me olvidé de mis parientes, y rompí voluntariamente con ellos. Endurecido por la fortuna, y en el entender que su parentesco me deshonraba, falté á los deberes mas sagrados; por lo que sinceramente pido perdon á Dios. Mas mis mayòres remordimientos nacen de haber educado á mi hijo en tan falsos principios, haberle inducido yo mismo á que ocultase su nacimiento, su patria, sus parientes, y el nombre de su hermana, que yo miraba como el obstáculo mayor que se oponia á su fortuna. Abjuro en este testamento su indigna educacion, y temo por justo castigo que haya echado hondas raices en su corazon. Le pido perdone mi falta, y repáre el mal que yo hice. Le pido de nuevo, y le mando como padre, que busque á su hermana, que le tenga todo el amor á que yo falté, y que le haga presentes los remordimientos que afligen mi moribundo corazon. - Quiero y es mi voluntad que divida con ella por partes iguales todos los bienes que se halláre ser mios el dia de mi muerte. Pido al cielo preserve la vida de mi hija, para que vea siquiera mis últimas palabras... ¡Hijo mio! si vuelves á verla, si la encuentras en compañía de aquel que le ha servido

de padre, míralo como si fuera tambien tuyo. A no ser por la ambicion que me aprisionó en las grandes ciudades, y que ha disminuido el número de mis dias, moriría entre sus brazos regado con sus lágrimas, y honrado con su dolor. Nombro por albacea á mi antiguo amigo Don Leon, para que repáre ciertas faltas, persuadido á que mis últimos sentimientos harán en él todo el efecto que espero. Somos los dos casi de la misma edad, y mi fin puede servirle de advertencia. Bien entenderá lo que le quiero decir, &c.

Leon. Pero todo eso no está segun práctica.

A Don Leon.

Luis. ¿Qué partido hemos de tomar, señor D. Leon?

Se levanta, y dice con energía.

Bon. ¡Qué partido! Perguntároslo á vos mismo, á vuestra conciencia, á vuestro propio corazon, y responded segun lo que os dictáre.

Paséase triste y pensativo.

A media voz.

Leon. No sé como podamos anular el testamento; por lo ménos yo no descubro la mas mínima cosa... Pero hagamos por intimidarle.

Mas alto.

No temais nada de esas gentes: son toscos, y por otra parte miserables. ¿Con qué seguirán un pleyto fácil de entablar, y que harémos durar toda la vida por medio de los muchos rodéos que me son familiares? Yo sé cómo me he de conducir; y si me empeño los mataré de hambre ántes que en primera instancia saquen ninguna cosa á su favor.

Miéntras habla D. Leon, tira de la campanilla Don Bonifacio, y sale un criado.

Con resolucion al criado.

Bon. Echa á este hombre fuera de mi casa, y cuida de que en su vida no vuelva á pisar los umbrales.

Se levanta desconcertado.

Leon. ¡Cómo se entiende! ¡cómo se entiende! ¡á un oficial público como yo!

Bon. Obedece: que se vaya... *Al criado.*

A Don Luis.

Vos, señor, esperad un momento: tengo que hablaros.

Yéndose.

Leon. Yo me rio de esta afrenta: le saldrá bien cara: litigarémos, litigarémos.

SCENA ULTIMA.

Don Bonifacio y Don Luis.

Bon. Semejantes discursos no basta despreciarlos; debieran ser castigados.

Luis. Pero él habla como Procurador que es.

Bon. No, no os engañeis; hombres como él son los que deshonran la profesion: como qualquiera otra impone el deber de ser hombre de bien, y de contribuir á la justicia, y á la paz. Yo conozco muchos Procuradores íntegros que pudieran servir de modelos. ¡Oxalá fueran ellos vuestros consejeros! Pero vamos al caso: os repito de nuevo que os consulteis á vos mismo, que pregunteis á vuestro corazon, y que me respondais.

Luis. ¡Pero la mitad de una herencia... la mitad no puedo; es demasiado... es demasiado.

Con indignacion.

Bon. Pues bien, señor; seguid á vuestro indigno consejero, haceos tan despreciable como él; conmigo las habréis: mia hago la causa, y tened entendido que no se dilatará tanto como pensais. Yo mismo me presentaré á los Jueces, y les ma-

nifestaré de antemano vuestras iniquas intenciones: éstos me oirán, no dexarán perecer la virtud en la indigencia; y vuestra hermana no suspirará mucho tiempo por la justicia que le es debida:

Don Luis suspenso no sabe qué hacer, si irse, si quedarse.

¿Es posible que el vil interés así os tiranice, y ahogue en vos todos los sentimientos de virtud y de equidad? Si vuestro padre volviera á la vida, acusáse vuestra insensible avaricia, y os reprehendiese porque faltais á su última voluntad, ¿desconoceriais su voz?... Pues bien, temblad; ella misma os va á confundir, y saldrá de su tumba para acusaros, y haceros avergonzar. Su sangre misma es la que va á deponer contra vos.

Corre al gabinete, y abre la puerta.

Salid, viejo venerable; y vos, muchacha virtuosa, acercaos.

Salen todos tres llorosos, y quieren echarse á los pies de Don Bonifacio.

Sus. ¡Bienhechor mio!

Pac. ¡Hombre de Dios!

Justo. ¡Protector nuestro!

Retrocede pasmado.

Luis. ¡Cielos! ellos son: todo lo han oído.

Alborozado.

Bon. Alzad, amigos; alzad... Amada niña, si pierdes un hermano, en mí hallarás otro: mi casa será tuya hasta que le obliguémos á que te devuelva tu legítima.

Dirigiéndose á Don Luis.

Sus. ¿Teneis á ménos, señor, que sea yo vuestra hermana; yo que quiero amaros, y que siento hallaros con un corazon tan poco semejante al mio? Si las riquezas que idolatrais os han corrompido, si os han hecho inhumano é injusto, yo las desprecio bastante para que ni aun quiera disputároslas.

A Don Bonifacio.

Señor, que solamente dé á mi padre con qué volver á entrar en la pobre casilla que le vendiéron; que le dé con qué comprar los preciosos instrumentos de la labor; y todos juntos irémos contentos á vivir, trabajar y morir en ella.

A Don Luis.

Bon. ¿Oís?

Sus. No quiero desacreditar á mi hermano por medio de un proceso, ni arrancarle el alma pidién-

dole cosas que no quiere restituir. Quiero enseñarle, que con muy poco se satisface mi alma varonil. ¿Es verdad, padre, que nosotros no querémos nada superfluo? ¿Es verdad, Justo, que yo seré siempre bastante rica para tí?

Justo. ¡Ah! Bien lo sabes.

Suspirando.

Pac. Este es aquel mismo niño que yo dexé tan pequeñito, que llevé en mis brazos, que acarició, y oprimí tantas veces contra mi pecho. De buena gana le hablaría; pero me desprecia. Su alma ingrata es muy diferente de la mia, y no nos entenderíamos.

Don Luis se ha ido acercando poco á poco á la puerta: indeciso en ella no se atreve á salir; y al acabar Paciente, exclama en voz baxa.

Luis. ¡Ellos huyen de mí! su desprecio me es insoportable... Pero ¡ay! que yo lo he merecido.

Con fuego, y viveza inesperada corre á la puerta, le coge por un brazo, y le pone de improviso en frente de su tio y de su hermana. Esto debe hacerse con dignidad, precision, fuerza y energía.

Bon. No, no conservaréis alma tan codiciosa y despreciable: os vestiréis de otra nueva: sí, me lo

prometo despues de haber visto la lucha que padeceis en vuestro interior... Si pasárais de la puerta, no os volvería á mirar; pero creo no os degradaréis de este modo. La sensibilidad aun no se ha extinguido del todo en vuestro corazon, y veo con gusto que os enterneceis. Entregaos conmigo al suave placer de abrazar á este viejo venerable, cuyas virtudes no pueden ménos de daros honor: ceded á su digno hijo, á quien debeis amar: ceded á esta hermana, cuyo sensible corazon llama al vuestro con ternura. ¡Qué! ¡No os dice nada la voz de vuestro padre moribundo, quando en mí hace tan grande impresion!... ¡Ah! mirad cómo corren las lágrimas de esta familia virtuosa; mirad cómo esperan las vuestras para coufundirse con ellas.

Con calor y sensibilidad.

Vamos, jóven; valor, valor: sé de los nuestros; olvida tus bordados, tu opulencia y tu luxo, sé hombre, se justo; oye á tu corazon, llora, y atiende á la voz de la naturaleza; ésta nunca engaña, creeme; ella te recompensará.

Miéntras Don Bonifacio habla, Don Luis encubre su rostro con las manos, y conserva la actitud de un hombre en quien se hace una revolucion violenta y repentina. De improviso abre los brazos, oculta la cabeza en el seno de Paciente, y grita con voz cortada.

Luis. Sí, sí: oigo la voz de mi corazon... la oigo... y siento sus latidos... Tio mio, en vos veo á mi padre... Cedo á vuestras virtudes... No puedo resistir á ellas.

Corriendo á Don Luis.

Sus. ¡Hermano mio!

Justo. ¡Primo!

Los abraza.

Luis. He sido injusto, bárbaro y descastado; ya no lo soy, no lo seré, ni podré serlo... Os imitaré... Os amaré...

Le abraza.

Bon. Bueno, bueno; de la familia es, de la misma sangre, hermano vuestro... y digno de todos vosotros.

Luis. ¿Me perdonaréis? ¿me amaréis? ¿estais satisfechos de mi arrepentimiento?

Todos le abrazan por respuesta.

Experimento sensaciones que no conocia: el pri-

mer placer verdadero de mi vida lo pruebo con vuestros abrazos.

Pac. Pórtate como sobrino mio; yo no tengo ricos vestidos; pero debaxo de este burdo sayal mi corazon es tierno, y todo tuyo.

A Don Luis.

Bon. ¿No respirais ahora con mas libertad?

Don Luis abraza á Don Bonifacio.

A Don Luis, mostrándole á Susana.

Justo. Antes era yo su hermano; tú lo eres ahora... ¿Apruebas nuestro matrimonio?

Luis. Sí; hágase la particion, extiéndase la carta dotal: la firmaré.

Sus. Escucha, hermano; tú estas acostumbrado al tren de la opulencia, y á los gastos que la acompañan. No, lo repito: lo necesario basta á nuestra felicidad. Exîjo, pues, y mi padre lo exîge tambien, porque en sus ojos leo sus intenciones, que te reserves todo lo indispensable al decoro de la clase que ya tienes en la sociedad.

Luis. Esa generosidad que admiro, me dice qual es mi deber. Nada quiero de lo que no me pertenece: fuera de que vosotros sois tres, y pobres.

Señalando á Don Bonifacio.

El señor será nuestro juez, y juez severo.

Pac. Pues bien, señor; nosotros os pedímos le mandeis aceptar este don que le hace nuestra amistad...

A D. Luis.

Tú nos darás este gusto, sopena de ser un orgulloso...

Luis. No seré tal; me igualaré á vosotros. Sé que os debo mucho, y tendré mi mayor complacencia en publicarlo.

Bon. Ese último rasgo me encanta, porque denota que vuestro corazon nació recto, justo y sensible, y que todos los artificios de un traidor no lo han podido corromper. Sin embargo, está muy puesto en razon que vuestra parte sea algo mas crecida, porque necesitais de mas rentas que estas gentes honradas, bastante ricas por su moderacion: pero tampoco está fuera de ella, que nuestro amado Paciente, y sus hijos reciban mas de lo que piden, porque si vuelven á su antiguo domicilio, como me presumo, no dexarán de tener muchos vecinos á quienes socorrer.

Pac. ¡Ay! es muy cierto. Si llego á ser feliz, no quiero serlo solo; y si poseo algunos bienes, cier-

tamente no me olvidaré de muchos hombres honrados que me acompañáron en mi miseria, y que la sufriéron con constancia... ¡Justo, Justo! ¡Qué alegría nos espera! A lo ménos ya podrémos derramar algunos beneficios.

Sonriéndose.

Bon. Toma: ya estais empleando el dinero, y con muchas ventajas sin duda. ¡Amigos! consagrémos el dia á un eterno júbilo, que mañana terminarémos este negocio: y ya que tan felizmente he cumplido hoy con mi oficio, cenémos juntos: me hallo muy bien en vuestra compañía para que vaya á buscar otra.

Luis. Y yo desprecio todas las mias.

Bon. Vamos, vamos; toda la familia reunida: imaginaos que yo tambien soy de ella.

Llama, y pide luces.

Justo. Vos seréis nuestra cabeza.

Bon. No por Dios... sí el amigo.

Pasan los criados con luces para la sala, y Don Bonifacio sirve de guia á sus convidados. D. Luis lleva de la mano á su hermana.

FIN.

